
EN LA
OSCURIDAD
DE
VALLEVERDE
OTTO MILLA

EN LA OSCURIDAD DE VALLEVERDE

En la Oscuridad de Valleverde

© 2026, Otto Milla.

Todos los derechos reservados.

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito del autor o titular de los derechos.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son productos de la imaginación del autor o son utilizados de manera ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, eventos o lugares reales es pura coincidencia.

Publicado de forma independiente por Otto Milla.

Índice

PRÓLOGO
CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
CAPÍTULO 15
CAPÍTULO 16
CAPÍTULO 17
CAPÍTULO 18
CAPÍTULO 19
CAPÍTULO 20
CAPÍTULO 21
CAPÍTULO 22
EPÍLOGO

PRÓLOGO

La niebla en este sector de Valleverde siempre era más espesa. A esa hora, pasadas las dos de la mañana, el último autobús de la ruta norte la había dejado en la terminal provisional, justo donde terminaba el pavimento y comenzaban los terrenos del Bosque de los Cedros.

Sara apresuró el paso. El sonido de sus propios zapatos contra la tierra suelta y las hojas secas le parecía extrañamente fuerte en medio de la madrugada. Cruzó la última calle iluminada, la avenida de los talleres, buscando con la mirada alguna señal de movimiento, las luces de un taxi o al menos el parpadeo de la garita del vigilante de la fábrica de cemento. No había nadie. El barrio parecía muerto, un conjunto de bodegas oscuras con las cortinas metálicas cerradas.

Se acomodó la correa de la cartera en el hombro, sintiendo un sudor frío que empezaba a bajarle por la nuca. No era una paranoia. Había empezado a escuchar los pasos tres cuadras atrás, justo cuando bajó del autobús. Al principio pensó que era otro pasajero que caminaba en su misma dirección, una coincidencia normal. Pero cuando ella aceleró el paso, la distancia entre los dos no aumentó. Cuando cruzó a la acera de enfrente para quitarse la duda, los pasos detrás de ella cambiaron de ritmo en el acto, acomodándose al suyo.

No se atrevía a voltear. Tenía miedo de que, al girar la cabeza, la confirmación de lo que sospechaba la dejara paralizada a mitad del camino.

Donde terminaba la última bodega, la luz pública simplemente se acabó. La única opción que tenía Sara para llegar a su casa, en la colonia que estaba del otro lado del cerro, era seguir el sendero peatonal que atravesaba la orilla del bosque. Era un camino estrecho, rodeado de árboles altos y matorrales espesos que bloqueaban la poca claridad de la noche.

Se adentró en la oscuridad, guiándose apenas por la silueta del sendero. A los pocos metros, el sonido que la perseguía se detuvo.

Sara se paró en seco, aguantando la respiración. El silencio que siguió fue total, roto solamente por el ruido del viento entre las ramas y el latido violento de su propio corazón en los oídos. Se quedó completamente inmóvil, pegando la espalda al tronco de un pino grande, con los ojos muy abiertos, tratando de adivinar alguna forma humana entre las sombras y la niebla.

¿Se había ido? ¿Había sido solo su imaginación por el cansancio de salir tan tarde del trabajo?

Esperó varios segundos. Nadie apareció en el inicio del sendero. Sara soltó un suspiro tembloroso, sintiendo un alivio en el pecho que le aflojó las piernas. Se acomodó el cabello con una mano, dispuesta a salir de allí corriendo para llegar a su casa de una vez por todas.

Fue entonces cuando escuchó el crujido de una rama rota.

No venía de atrás, de la entrada del camino por donde ella había venido. Venía de adelante, desde la parte más densa y oscura del bosque, a unos cuantos metros de distancia. Alguien ya estaba dentro del parque. Alguien se había metido por entre los árboles para cortarle el paso.

Una silueta oscura se separó de los matorrales. No llevaba prisa; la figura se movía con una lentitud calculada, cerrándole por completo la salida hacia el otro lado del sendero.

Sara intentó retroceder, pero sus piernas no reaccionaron a tiempo. Tropezó con una raíz expuesta en el suelo y perdió el equilibrio. La cartera se le cayó de las manos, desparramando todo el contenido entre el lodo y las hojas muertas, pero a ella ya no le importó.

El miedo le cerró la garganta por completo. La silueta avanzó un paso más, saliendo apenas de la sombra de los pinos. En esa penumbra no se podían ver sus facciones, ni su ropa, ni lo que llevaba en las manos; solo se distinguía el bulto de una presencia enorme que se le iba encima.

Sara abrió la boca para gritar, para pedir una ayuda que sabía que no iba a llegar en ese lugar abandonado. La distancia entre los dos se acortó en un instante. Cuando la primera mano, firme y helada, la

agarró por el hombro en medio de la oscuridad, el Bosque de los Cedros se tragó su único grito.

CAPÍTULO 1

La mañana en Valleverde había comenzado con la misma parsimonia gris de casi todos los jueves del año. La niebla, espesa y pesada, tardaba en subir desde los terrenos bajos del río y se quedaba estancada entre los edificios del centro, dándole a la ciudad un aspecto adormecido, casi fantasmal. En las calles, el tráfico de las siete de la mañana avanzaba a paso de rueda, entre el ruido de las bocinas de los autobuses y el parpadeo de los semáforos desgastados por los que nadie parecía tener prisa.

En el segundo piso de la comisaría del Distrito Norte, el ambiente no era muy diferente. El aire olía a café recalentado, a papel viejo y al desinfectante barato que el personal de limpieza pasaba por los pasillos antes de que llegara el grueso del personal. Era esa hora muerta del turno donde los reportes de la noche anterior ya se habían archivado y los problemas del nuevo día todavía no terminaban de reventar.

El inspector Daniel Medina contemplaba el panorama desde la ventana de su oficina, una habitación pequeña con las paredes pintadas de un verde manzana ya descascarado. Tenía una taza de porcelana desportillada entre las manos, dejando que el vapor del café le diera directamente en la cara para terminar de espabilarse. Medina ya pasaba de los cincuenta años; el cabello, completamente gris, lo llevaba corto y peinado hacia atrás, y las líneas alrededor de sus ojos delataban más horas de insomnio que de oficina. Llevaba una chaqueta de cuero marrón que había visto mejores tiempos y una camisa de botones que ya no terminaba de ajustar bien en el cuello.

Daniel era un hombre de silencios largos. Treinta años en la fuerza policial de Valleverde le habían enseñado que en este oficio la prisa casi siempre era mala consejera, y que la mayoría de los casos no se resolvían corriendo detrás de las sirenas, sino sentándose a leer los detalles que los demás pasaban por alto.

La puerta de la oficina se abrió sin tocar, rompiendo la tranquilidad del lugar.

—El café de la entrada parece agua de alcantarilla, inspector —dijo el subinspector Mateo Ojeda, entrando con un par de carpetas de cartón bajo el brazo y una dona medio mordida en la mano derecha.

Ojeda era todo lo contrario a su jefe. No llegaba a los treinta años, se movía con una energía inquieta que a veces resultaba fastidiosa y llevaba el uniforme con cierta flojera, como si le molestara la rigidez de la tela. Tenía la mirada rápida, siempre atenta a cualquier estímulo, y una confianza en sí mismo que Medina a menudo tenía que frenar antes de que lo metiera en problemas con los mandos superiores. Mateo representaba a la nueva escuela: creía en las bases de datos, en el rastreo de teléfonos y en los perfiles digitales. Daniel, por su parte, seguía confiando más en mirar a un sospechoso a los ojos a mitad de un interrogatorio.

—Es el mismo café de toda la vida, Mateo. Ya deberías estar acostumbrado —respondió Medina sin apartar la vista de la ventana. Abajo, en el estacionamiento, una patrulla salía con las luces apagadas, perdiéndose en la neblina de la avenida.

—Uno nunca se acostumbra a lo malo, jefe —Ojeda se dejó caer en la silla frente al escritorio de madera, arrojando las carpetas sobre la superficie llena de papeles, ceniceros vacíos y carpetas acumuladas —. Ahí le dejé los cierres de las denuncias por los robos de autopartes en el sector industrial. Puro papeleo. No hubo detenidos, como siempre. Los dueños de los talleres prefieren no denunciar y arreglar las cosas a su manera.

Medina se dio la vuelta, caminó lentamente hacia su escritorio y se sentó en su vieja silla de oficina, que protestó con un quejido metálico. Tomó un sorbo de café y miró las carpetas sin mucho interés.

—Esta ciudad se está volviendo más difícil de leer —comentó el inspector, recostando la espalda en el asiento—. Antes sabías quién mandaba en cada barrio. Ahora todo está fragmentado. Hay

demasiada gente de paso, demasiadas bodegas abandonadas. Es el escenario perfecto para que cualquiera se esconda.

—Es el progreso, inspector —dijo Ojeda con sarcasmo, terminándose la dona y sacudiéndose las migajas de los pantalones—. Más fábricas, más gente, más caos. Por cierto, la jefatura está pidiendo que revisemos los turnos del fin de semana para el partido de fútbol en el estadio del sur. Quieren que mandemos a la mitad de los muchachos a vigilar las entradas.

Medina soltó un bufido. Detestaba esos operativos. Significaba tener a la mitad del distrito cuidando a fanáticos borrachos mientras las calles reales se quedaban solas. Abrió una de las carpetas y empezó a firmar las hojas de recibido con un bolígrafo de tinta negra, manteniendo un ritmo pausado, casi mecánico.

La conversación entre los dos policías continuó durante la siguiente media hora, derivando en temas mundanos: el clima que prometía lluvia para la tarde, los problemas con el motor de una de las patrullas asignadas y las quejas habituales sobre el presupuesto del distrito. Era la rutina de la comisaría, el relleno diario que llenaba las horas de una mañana que parecía destinada a terminar sin pena ni gloria.

A las nueve y cuarenta y cinco, el teléfono gris que estaba sobre el escritorio de Medina comenzó a sonar. El timbre, estridente y metálico, cortó la calma de la habitación.

Medina dejó el bolígrafo a un lado y levantó el auricular.

—Inspector Medina —dijo con voz neutra.

Ojeda, que estaba revisando algo en su teléfono celular, levantó la vista al notar el cambio inmediato en la expresión de su jefe. El cuerpo de Medina se tensó casi imperceptiblemente; dejó de apoyarse en el respaldo de la silla y se inclinó hacia el frente, tomando un papel en blanco y el bolígrafo.

—Sí... entiendo —decía Medina, mientras anotaba un par de palabras sueltas en la hoja—. ¿Quién lo reportó?... De acuerdo. ¿Hay

alguna unidad en el lugar?... Que no toquen nada, Ojeda y yo salimos para allá de inmediato. Aseguren el perímetro.

Daniel colgó el teléfono lentamente. Se quedó mirando el trozo de papel durante un par de segundos, como si estuviera procesando la información. El ambiente tranquilo de la oficina se evaporó en un instante.

—¿Qué pasó, jefe? —preguntó Mateo, guardando el teléfono en el bolsillo y poniéndose de pie de inmediato, intuyendo que la mañana de descanso había terminado.

Medina se levantó de la silla y tomó su chaqueta de cuero que colgaba detrás de la puerta. Su rostro ya no tenía la expresión relajada de hace unos minutos.

—Llamaron de la guardería forestal del norte —dijo Medina, revisando que tuviera su placa y el arma reglamentaria en el cinturón—. Uno de los trabajadores que andaba limpiando la maleza cerca de la orilla del Bosque de los Cedros encontró un cuerpo entre los matorrales, a unos trescientos metros de la terminal de autobuses.

—¿Un homicidio?

—Eso parece —Medina abrió la puerta de la oficina y salió al pasillo con paso firme, obligando a Ojeda a apresurarse para seguirle el ritmo—. Es una mujer joven. El trabajador dice que tiene marcas claras en el cuello y la ropa rasgada, como si hubiera intentado defenderse de una agresión.

Mateo sintió una ligera descarga de adrenalina mientras bajaban las escaleras hacia el estacionamiento subterráneo de la comisaría.

—El Bosque de los Cedros es una boca de lobo de noche —comentó Ojeda—. Quien sea que la haya matado, eligió el lugar ideal para dejarla y que nadie escuchara nada.

—O la siguió desde la terminal —corrigió Medina de forma seca, sacando las llaves del coche patrulla sin logotipos de su bolsillo—. A esa hora no hay nadie en la calle y el último recorrido del autobús

deja a la gente vendida. El tipo solo tendría que esperar a que ella caminara hacia el sendero oscuro para caerle encima.

—¿Saben quién es?

—Todavía no hay documentos, o al menos el empleado no los vio —respondió el inspector, abriendo la puerta del vehículo—. Pero por la rigidez del cuerpo, el médico forense preliminar calcula que pasó a la madrugada. Sucedió anoche. Vamos a ver qué nos dejó la niebla.

CAPÍTULO 2

El segundero del reloj de pared avanzaba con un chasquido sordo, espaciado, que parecía rebotar contra las vigas de madera del techo. Javier no le quitaba la vista de encima. Estaba sentado al borde de una cama individual cuya colcha de lana gris conservaba la humedad típica de las zonas altas. Tenía los codos apoyados en las rodillas y las manos entrelazadas, sosteniendo el peso de una cabeza que sentía cargada de plomo.

Su refugio no estaba en la ciudad. Javier se había alejado de Valleverde meses atrás, buscando el aislamiento que solo ofrecían las faldas de la montaña, en una pequeña propiedad de madera y piedra rodeada de pinos y caminos de tierra que morían en la maleza. Era un lugar donde el ruido del viento entre las ramas tapaba cualquier existencia y donde nadie subía a preguntar nada. Se había convertido en un ermitaño por voluntad propia; no quería ver a nadie, no quería dar explicaciones a los conocidos de su otra vida ni cruzarse con vecinos en los pasillos de un edificio.

Sin embargo, las paredes del cuarto contaban otra historia. Tres de los lados de la habitación estaban cubiertos de papeles, planos de las rutas de transporte de Valleverde y recortes de periódicos locales cuyas esquinas comenzaban a doblarse por el frío del ambiente. Había líneas trazadas con marcador negro que unían fechas, paradas de autobuses periféricas y horarios nocturnos. Para un extraño que entrara allí por accidente, el lugar habría parecido la guarida de alguien consumido por una fijación peligrosa, el laboratorio mental de un hombre que planificaba sus movimientos con una paciencia fría.

Javier se pasó una mano por el rostro, sintiendo la barba de varios días y la piel reseca por la falta de sueño. Llevaba más de treinta horas despierto, alimentándose a base de café recalentado. Sus ojos, inyectados en sangre, delataban el cansancio de quien corre una carrera que no tiene meta.

El pomo de la puerta giró con un chirrido suave.

Javier no se sobresaltó; ni siquiera levantó la cabeza de inmediato. Ya conocía ese peso en el ambiente, esa forma en que la cerradura cedía.

La mujer entró en la habitación entornando la puerta detrás de sí para evitar que el viento de la montaña se colara por completo. Llevaba un abrigo gris, húmedo por la neblina exterior, y se quitó la bufanda de lana oscura con un movimiento lento, dejándola caer sobre la única silla que había junto a la mesa.

—Sigues despierto —dijo ella. Su voz era baja, carente de reproche.

Javier exhaló un suspiro largo, dejando caer las manos entre sus piernas.

—No pude dormir —respondió él, con la voz un poco ronca—. El ruido del viento estuvo fuerte toda la madrugada.

La mujer caminó hacia la mesa, apartando con cuidado un par de hojas donde Javier había anotado los itinerarios de los últimos recorridos del transporte público que conectaba el centro con las afueras. Tomó la cafetera de peltre que descansaba sobre la parrilla eléctrica apagada, comprobó el peso y la volvió a dejar en su sitio.

—Ya no queda nada ahí —comentó ella, mirándolo de reojo—. Te estás matando con eso, Javier. Mírate las manos, te están temblando.

Javier se miró las palmas. Era verdad; un temblor fino le recorría los dedos. Cerró los puños con fuerza, tratando de recuperar el control.

—Tengo que terminar esto —dijo él, fijando la vista en el mapa de la pared, justo en el sector norte—. Si me detengo ahora, no va a servir de nada el tiempo que llevo aquí metido.

La mujer se acercó a la cama con pasos cortos. El roce de sus zapatos contra el suelo de madera era el único sonido en el cuarto. Se sentó a su lado, lo suficientemente cerca como para que Javier pudiera percibir su presencia. Sin embargo, no lo tocó. Había una distancia invisible entre los dos.

—¿Y qué vas a hacer cuando encuentres lo que buscas? —preguntó ella, mirando el mapa—. ¿Crees que eso va a cambiar algo? Mira este lugar. Mira cómo estás viviendo. Ya ni siquiera bajas a la ciudad de día.

—Tú sabes por qué lo hago —respondió Javier, girando la cabeza para mirarla de frente. Sus rostros quedaron a corta distancia—. No me pidas que lo deje. Tú mejor que nadie sabes lo que pasó.

La mujer sostuvo la mirada. Sus ojos oscuros reflejaban una tristeza profunda, una resignación antigua que Javier conocía de memoria.

—Lo sé —dijo ella suavemente—. Pero estás obsesionado, Javier. Te la pasas siguiendo rastros por las esquinas y te olvidas de todo lo demás.

—La realidad afuera ya no importa —Javier se puso de pie bruscamente, impaciente por la discusión—. Abajo solo hay ruido y gente que no vale la pena. Aquí tengo el control. Sé a qué hora pasa el último transporte, sé por dónde caminan cuando se bajan de la terminal, sé cuántos minutos tardan en cruzar los descampados. Lo tengo todo anotado.

Se acercó a la pared y apoyó la punta del dedo índice sobre una de las marcas recientes, una cruz trazada con tinta roja que señalaba el límite del sector norte, cerca del bosque.

La mujer lo observó desde la cama, con las manos apoyadas en el colchón. Su silueta recortada contra la luz amarillenta de la lámpara de mesa daba la impresión de una presencia constante, de alguien que compartía su encierro de una forma u otra.

—Ayer te vi limpiar el coche —mencionó ella, cambiando el tono a uno más plano—. Estabas muy concentrado quitando unas manchas de barro del asiento trasero. Los hombres que bajan por el camino de la cantera se te quedaban mirando.

Javier apretó los dientes. Recordaba el episodio. Había pasado dos horas tallando la tapicería del vehículo bajo la lluvia fina de la tarde, con el frío de la montaña calándole los huesos.

—El barro de esa zona no se quita fácil —dijo él, sin voltear—. Es tierra arcillosa, de la parte alta del bosque. Si se seca, arruina el material. Solo quería dejarlo limpio.

—No es solo el barro lo que quieres limpiar —replicó la mujer, poniéndose de pie de manera pausada. Caminó hacia la ventana, descorriendo apenas un centímetro de la cortina gris para mirar hacia los árboles del exterior—. La policía andaba dando vueltas por la carretera principal hace rato. Escuché las sirenas desde el cruce del mercado. Deberías tener más cuidado con las horas a las que regresas de la ciudad.

Javier sintió una punzada de alerta en la boca del estómago, pero la controló de inmediato. La rutina de la patrulla del distrito no le preocupaba; sabía que se movían por las avenidas principales y que rara vez subían por los caminos de tierra de la montaña a menos que hubiera una emergencia.

—Buscan en los lugares equivocados —afirmó Javier, caminando hacia la mesa para servirse un vaso con agua—. Siempre lo hacen.

La mujer se dio la vuelta, apoyando la espalda contra el marco de la ventana. Se cruzó de brazos, observándolo en silencio.

—Un día de estos te vas a descuidar por cinco minutos y todo esto se va a terminar.

—No me voy a descuidar —respondió él, tras tomar un trago largo de agua—. Ya falta poco.

La mujer no contestó. Se limitó a mirarlo con esa mezcla de lástima y familiaridad que a Javier le pesaba en el pecho, pero que al mismo tiempo era lo único que lo mantenía en pie en ese lugar. Cruzó el espacio entre la ventana y la silla, tomó su bufanda y comenzó a acomodársela de nuevo alrededor del cuello, preparándose para salir.

—Me voy —dijo ella, caminando hacia la puerta—. Intenta descansar un poco, Javier. Si sigues así, no vas a tener fuerzas cuando llegue el momento.

Javier se quedó inmóvil junto al escritorio, observando cómo ella abría la puerta y salía hacia el pasillo oscuro. No le pidió que se quedara. Sabía que la dinámica entre los dos era así: una presencia que venía a recordarle el peso de lo que cargaba y que luego lo dejaba a solas con sus mapas, sus notas y el tic-tac implacable del reloj que seguía midiendo el tiempo de su espera en la montaña.

CAPÍTULO 3

El terreno en la orilla norte del Bosque de los Cedros era una trampa de barro negro y raíces expuestas que dificultaba cada paso. A las diez y media de la mañana, la niebla densa de Valleverde apenas comenzaba a ceder terreno ante una claridad grisácea y fría que no calentaba nada. El perímetro ya estaba marcado con cintas plásticas amarillas que se mecían con el viento, rompiendo la monotonía verde del paisaje forestal.

El inspector Daniel Medina avanzaba con cuidado, hundiéndose en la hojarasca húmeda. Llevaba las manos metidas en los bolsillos de su chaqueta de cuero, observando el despliegue de los técnicos de criminalística que se movían despacio entre los pinos, tomando fotografías y metiendo ramitas en bolsas plásticas. Unos metros atrás, el subinspector Mateo Ojeda intentaba no resbalar mientras cargaba una carpeta de tablas con hojas de papel, renegando entre dientes cada vez que el calzado se le atoraba en el lodo.

—El terreno es un desastre, inspector —dijo Ojeda, alcanzando a su jefe junto a un enorme pino caído—. Los guardabosques que encontraron el cuerpo entraron corriendo, pisaron todo el perímetro y, para colmo, anoche llovió. Si había alguna huella clara de calzado, ahora es solo un charco más de lodo.

—Es lo habitual, Mateo —respondió Medina, con la voz apagada—. La gente se asusta y destruye la mitad de las cosas antes de que lleguemos. ¿Dónde está el forense?

Ojeda señaló con la punta del bolígrafo hacia una hondonada natural, oculta detrás de unos matorrales. Allí, dos técnicos iluminaban el suelo con lámparas portátiles de batería, enfocando un bulto oscuro que contrastaba de forma desgarradora con la tierra muerta del bosque.

Medina se agachó para pasar por debajo de una rama baja y descendió a la hondonada. En el suelo, recostada parcialmente sobre el costado derecho, estaba la víctima. El médico forense del distrito,

el doctor Carlos Arrieta —un hombre mayor de lentes gruesos y pocas pulgas—, permanecía de rodillas revisando la temperatura del cuerpo con un termómetro digital.

—¿Qué hay, Carlos? —preguntó Medina, manteniéndose a un par de metros.

Arrieta levantó la vista, acomodándose los anteojos con el dorso de la mano enguantada.

—Una mujer joven, Daniel. Encontraron su cartera tirada un poco más allá, toda mojada. Se llamaba Sara Pereira. Veinticuatro años, según la cédula que traía en la billetera. Parece que trabajaba en el sector de las fábricas del sur, por los recibos que vimos.

Ojeda, que acababa de bajar a la hondonada cuidando de no resbalar, miró el cuerpo con incomodidad. La ropa de la joven —un suéter ligero de color claro y unos pantalones oscuros— estaba desgarrada de manera violenta en la parte superior. Había restos de tierra y hojas muertas incrustados en las fibras de la tela.

—La atacaron por detrás, supongo —comentó Ojeda, tratando de aportar algo.

—No adivines, muchacho —lo frenó Arrieta de mala gana—. Eso lo veo en la mesa de autopsias. Lo único que te puedo decir aquí es que tiene marcas profundas en el cuello. No usó las manos; parece el lazo de una cuerda o un cable. La fuerza fue considerable. Y la ropa rota... bueno, la hipótesis obvia es un ataque sexual, pero hay que confirmar si se consumó o si solo fue parte del forcejeo.

Medina se inclinó un poco, entornando los ojos. El cuello de Sara Pereira mostraba una línea amoratada, profunda y torcida.

—El nudo parece que quedó hacia un lado —notó Medina en voz baja.

—Podría ser —dijo Arrieta, poniéndose de pie con dificultad mientras se sacudía las rodillas—. O que ella intentó meter las manos para jalar la cuerda y la movió. Hay demasiadas variables. Daniel, salgamos de este frío. Que los muchachos carguen el cuerpo y nos

vemos en la morgue en un par de horas. Aquí no vamos a descubrir nada más que una neumonía.

Tres horas más tarde, el panorama había cambiado del lodo del bosque a las baldosas blancas y el olor a formol de la sala de autopsias de la morgue judicial. Las luces fluorescentes del techo parpadeaban con un zumbido eléctrico molesto, proyectando una claridad médica sobre la mesa de acero inoxidable donde yacía el cuerpo de Sara Pereira, ya limpio.

Daniel Medina se mantenía de pie junto a la pared, con los brazos cruzados, observando cómo el doctor Arrieta guardaba sus instrumentos en una bandeja metálica. Mateo Ojeda entró a la sala con un par de cafés en vasos de plástico, con el rostro pálido por el ambiente del sótano.

—Hablé con la central de autobuses —dijo Ojeda, pasándole un vaso a Medina—. El chofer de la última ruta no recuerda nada. Dice que a esa hora la mitad de la gente va dormida y la otra mitad va borracha. Se bajaron tres personas en esa terminal. Sara y dos hombres que parecen ser mecánicos de los talleres de la avenida. Ya pasamos los datos para localizarlos, pero va a tomar tiempo.

—Está bien —dijo Medina, tomando un sorbo del café amargo—. Nadie ve nada en esta ciudad cuando hay niebla. ¿Qué encontraste, Carlos?

El doctor Arrieta se quitó los guantes de látex con un chasquido y se frotó los ojos, visiblemente cansado.

—La causa de muerte es asfixia por estrangulamiento, no hay sorpresa ahí. El objeto fue una cuerda delgada, de unos cuatro o cinco milímetros de grosor. Dejó marcas de fricción muy específicas. Lo que me llama la atención es que... me recuerda a un caso de hace unos meses. ¿Te acuerdas de la muchacha que encontraron cerca de las vías del tren? ¿Mónica Silva?

Medina frunció el ceño, haciendo memoria entre la marea de expedientes que pasaban por su escritorio cada año.

—La chica del sector industrial —dijo el inspector—. Eso se cerró como un robo con homicidio, ¿no? Le faltaban los anillos y el bolso.

—Sí, así lo pusieron ustedes —replicó Arrieta, sacando una carpeta con fotografías viejas de un archivo—. Pero revisando las fotos del cuello de Mónica, el tipo de marca es muy similar. El lazo entra por el mismo ángulo, oblicuo, de izquierda a derecha. No es una certeza, Daniel, pero existe la posibilidad de que el agresor en ambos casos comparta una característica física, como la forma de sujetar a la víctima por detrás, o que sea zurdo. O tal vez es solo una coincidencia y los dos usaron el mismo tipo de cuerda barata que venden en cualquier ferretería de Valleverde.

Ojeda se acercó, mirando las fotos por encima del hombro del médico.

—¿Cree que sea el mismo sujeto, doctor? ¿Estamos hablando de un asesino en serie?

Medina soltó un bufido y miró a su subinspector con severidad.

—No empieces a ver fantasmas, Mateo. Eso es lenguaje de los periódicos. Por ahora tenemos una coincidencia en el tipo de nudo y una hipótesis muy floja. Dos casos en seis meses en una ciudad que está creciendo al doble no hacen una estadística. Puede ser un imitador, puede ser un delincuente común que descubrió que una cuerda es más silenciosa que un arma, o pueden ser dos tipos que no tienen nada que ver entre sí.

—Pero las similitudes están ahí, inspector... —insistió Ojeda.

—También hay diferencias —lo cortó Medina—. A Mónica Silva le robaron todo. A esta muchacha, Sara, le dejaron la cartera con el dinero intacto a unos metros. El móvil podría ser completamente distinto. No podemos ir con la jefatura a decir que tenemos un psicópata suelto basándonos en el ángulo de un moratón. Nos van a pedir pruebas, no teorías sin base.

Arrieta guardó las fotos en la carpeta y asintió.

—Daniel tiene razón, muchacho. La ciencia da indicios, no milagros. Hay que esperar los resultados de los análisis de fluidos y ver si el

laboratorio encuentra algún perfil genético bajo las uñas de la víctima. Pero con el lodo y el agua de anoche, no te hagas muchas ilusiones.

Medina tiró el vaso de plástico vacío en el contenedor de basura y caminó hacia la salida de la morgue.

—Vamos a la oficina, Mateo. Consígueme el expediente completo de Mónica Silva. Quiero releer las declaraciones de los testigos de esa noche. Y no le digas nada de esto a la prensa; si los reporteros empiezan a creer que hay un asesino en serie, mañana vamos a tener el doble de pánico en las calles y la mitad de la información real se va a perder entre los chismes de la televisión. Movámonos despacio.

Los dos policías salieron al pasillo subterráneo, dejando atrás el frío de la sala. No tenían nombres, no tenían huellas dactilares y la única conexión que tenían entre los dos cadáveres era una sospecha basada en una cuerda común. En Valleverde, la investigación apenas estaba empezando, y por el momento, las sombras seguían ganando la partida.

CAPÍTULO 4

El motor del coche viejo vibraba en un ralentí sordo que hacía traquetear la guantera. Javier apagó los faros delanteros, dejando que el vehículo se mimetizara con la fila de automóviles estacionados bajo los árboles, a unos doscientos metros de la terminal de autobuses. A través del parabrisas empañado por el frío, la entrada al sendero del Bosque de los Cedros apenas se distinguía en la oscuridad.

Llevaba tres horas inmóvil en el asiento del conductor, esperando a que la zona se quedara completamente vacía. Sus manos, apoyadas en el volante, estaban fijas. Las imágenes del sendero y de la hondonada se repetían en su cabeza con una fijeza pesada.

—No debiste volver hoy —dijo la mujer desde el asiento del copiloto.

Javier no volteó a mirarla. Mantuvo los ojos fijos hacia el frente, vigilando el camino de tierra.

—Tenía que venir —respondió él en voz baja, con un tono plano—. Necesito ver cómo quedó el lugar.

—Estás arriesgándote demasiado, Javier —insistió ella, acomodándose el abrigo gris—. Ya no es seguro que des vueltas por aquí a estas horas. El carnicero de la esquina te ha estado viendo.

Javier apretó el volante. La piel sintética de la cubierta estaba fría.

—No me importa el carnicero —dijo, entornando los ojos—. Ese hombre no sabe nada.

La mujer se movió apenas en el asiento, provocando el leve roce de su ropa.

—Mira la cabaña, Javier. Tienes las paredes llenas de marcas. Estás atrapado en esto y te vas a terminar hundiendo tú solo. ¿Qué buscas viniendo a este lugar a mitad de la noche?

Javier no contestó. Abrió la guantera y sacó una linterna de metal pesada. Comprobó el interruptor con el pulgar, sintiendo el peso del

metal en la palma, pero la mantuvo apagada. El dolor en la sien derecha regresó, punzante.

—Tengo que bajar —anunció, estirando la mano hacia la manija de la puerta.

—Va a llover, Javier. Déjalo por hoy. Vámonos.

—No tarda en amanecer —la cortó él, abriendo la puerta.

El aire húmedo de la montaña le dio de golpe en el rostro. Salió del vehículo y cerró la puerta despacio, asegurándose de que el pestillo encajara sin hacer ruido. Se subió el cuello de la chaqueta y se adentró en el inicio del sendero del Bosque de los Cedros. Caminó a paso firme por el centro del camino, sin dudar del rumbo, metiéndose entre los pinos altos hasta que llegó a la hondonada.

El suelo estaba deshecho. El lodo negro mezclado con la hojarasca formaba un círculo pastoso debido al paso de las botas. Javier se paró justo en el borde de la hondonada, contemplando el espacio con una calma densa.

Se agachó despacio, quedando de rodillas sobre la tierra húmeda. Extendió la mano izquierda y la apoyó firmemente sobre el fango, en el punto exacto donde la maleza estaba aplastada. Cerró los puños, recogiendo un puñado de esa tierra fría entre los dedos, apretándola hasta que los nudillos se le pusieron blancos. Se quedó ahí, inmóvil, respirando el olor a lodo y a ramas rotas, reviviendo el peso y los movimientos precisos que habían tomado lugar en ese mismo suelo horas antes. Su rostro no mostraba agitación; era una fijeza fría, la de un hombre que reconoce perfectamente el territorio que pisa.

Pasaron los minutos. El ruido lejano de los camiones de carga en la carretera comenzó a romper el silencio de la madrugada. El lodo le manchaba las rodillas de los pantalones y las mangas de la chaqueta, pero él no se movió hasta que el cielo del este empezó a aclararse con un tono azul pálido.

Javier se puso de pie, se sacudió las manos en los pantalones y regresó al coche con el paso regular, arrastrando los zapatos pesados de fango.

Al abrir la puerta del conductor y sentarse frente al volante, notó que el asiento del copiloto estaba vacío. La bufanda y el abrigo gris ya no estaban. Javier se quedó mirando el espacio vacío durante un largo rato, con la respiración pesada y las manos sucias. Arrancó el motor sin encender las luces y sacó el coche del acotamiento, tomando el camino de tierra que subía hacia la montaña antes de que la claridad de la mañana delatara la ropa manchada que llevaba puesta.

CAPÍTULO 5

El viernes por la tarde, la lluvia que había estado amenazando a Valleverde desde el amanecer finalmente se descargó sobre la ciudad, convirtiendo las avenidas principales en un río de asfalto brillante y bocinas de camiones atascados en el tráfico. En la oficina del Distrito Norte, las gotas golpeaban con insistencia contra los vidrios del ventanal, obligando a encender las luces de tubo del techo, que parpadeaban con un parpadeo pálido y molesto.

El subinspector Mateo Ojeda tenía la mesa cubierta con tres carpetas gruesas y la pantalla de su tableta encendida en la página del sistema de registro vehicular de la provincia. Llevaba dos horas cruzando los datos de las cámaras de seguridad perimetrales de la carretera norte con los reportes de los patrullajes nocturnos del último mes. Tenía los ojos fijos en los números y las letras de las placas de circulación, sintiendo el cansancio acumulado en la base del cuello.

Daniel Medina entró a la oficina cargando dos vasos de plástico con café caliente y dejó uno sobre el borde del escritorio de su subordinado.

—¿Algo que nos sirva, Mateo? —preguntó el inspector, sentándose en su silla y abriendo un expediente de hojas amarillentas—. El comandante ya llamó dos veces. En la televisión local pasaron un reportaje sobre la seguridad en el Bosque de los Cedros y ya se imaginará cómo están los ánimos arriba.

Ojeda tomó el vaso de café, le dio un sorbo corto y negó con la cabeza, señalando la pantalla.

—Las cámaras de la terminal de autobuses son una basura, inspector. La mitad del tiempo se distorsionan por la humedad y la niebla. El chofer del último autobús insistió en su declaración: solo recuerda a Sara Pereira y a los dos hombres que ya interrogamos hoy en la mañana. Los dos tipos tienen coartada limpia; son operarios del turno nocturno de la fábrica de empaques, se bajaron

en la parada al terminar su jornada de relevo y se fueron directo a sus casas. Sus familias lo confirmaron. No tienen nada que ver.

Medina suspiró, frotándose la frente.

—¿Y las grabaciones del carril de servicio de la carretera?

—Ahí es donde se pone raro —Ojeda se acomodó en la silla, tecleando un comando en la tableta para mostrar una lista filtrada—. Cruzando los datos de la cámara del cruce, que está a unos trescientos metros de donde apareció el cuerpo de Sara, encontré un vehículo recurrente. Un sedán de modelo viejo, color gris oscuro, con pintura desgastada en el cofre. Las placas no se leen completas en las grabaciones de la noche por la falta de luz, pero el sistema registró el mismo modelo pasando por ese punto exacto en ocasiones distintas durante las últimas dos semanas. Siempre entre la una y las tres de la mañana.

Medina levantó la vista del expediente, entornando los ojos.

—¿Un residente de las cabañas de la parte alta?

—Podría ser, pero no tiene sentido el horario —explicó Ojeda—. El coche sube hacia la montaña pasadas las tres, pero se queda estacionado en los acotamientos oscuros antes de esa hora. Para quitarnos la duda, mandé a una patrulla a hablar con los pocos comerciantes que tienen locales en la orilla de la carretera. El carnicero que está junto a la terminal de autobuses fue el que aportó el dato clave.

—¿Qué dijo?

—El hombre vive ahí mismo, en la planta alta de la carnicería. Declaró que sufre de insomnio crónico y que pasa muchas madrugadas despierto, asomado a la ventana que da a la carretera. Dijo que lleva quince días notando ese mismo vehículo parado abajo. Según su testimonio, el conductor es un hombre solo, de unos treinta y tantos años, de aspecto descuidado, que se queda dentro del coche con el motor y las luces apagadas en la zona más oscura del acotamiento, mirando fijamente hacia la parada de autobuses o hacia la entrada del sendero del bosque. Como el tipo se quedaba

inmóvil durante horas a mitad de la noche, el carnicero pensó que era un delincuente común vigilando los comercios para meterse a robar, o tanteando el terreno para sacar el combustible de los camiones de carga que duermen ahí. Por eso se le quedó grabado el modelo.

Medina tomó su bolígrafo, dándole ligeros golpes contra el escritorio de madera.

—Un carro viejo merodeando por la zona de los ataques a mitad de la noche. No es una prueba de nada, Mateo, pero es el primer cabo suelto que no encaja con la rutina del barrio. ¿Lograste conseguir la placa completa?

—El sistema arrojó tres posibles coincidencias en la base de datos del distrito con ese modelo y color —Ojeda deslizó la pantalla hacia su jefe—. Eliminé dos porque pertenecen a dos señoras mayores que viven en el centro y cuyos autos duermen en cochera. La tercera opción nos da un nombre: el vehículo está registrado a nombre de un tal Javier Robles.

Medina leyó el nombre en la pantalla. No le decía nada.

—¿Tiene antecedentes en el sistema? —preguntó el inspector.

—Nada —dijo Ojeda, tecleando nuevamente—. El hombre está limpio. Pero al ingresar el nombre en la base de datos general para buscar su domicilio actual, saltó una alerta menor del sistema de personas desaparecidas de la provincia.

Daniel Medina se inclinó hacia el frente, dejando el bolígrafo a un lado. El ambiente de la oficina pareció volverse más pesado.

—¿Qué tipo de alerta?

—Su esposa, una mujer llamada Lucía Ortega, desapareció hace exactamente un año —respondió Ojeda, abriendo un subarchivo digital con una fotografía de una mujer de ojos oscuros—. Ocurrió en el Distrito Sur, en una zona residencial. El reporte dice que salió de su casa una noche y nunca regresó. El caso lo llevó la oficina del inspector Vargas en ese sector, pero lo cerraron hace seis meses sin ningún resultado. No hubo llamadas de rescate, no apareció el

cuerpo y no encontraron huellas de violencia en la casa. Simplemente se esfumó.

Medina se quedó mirando la fotografía de Lucía Ortega durante un largo rato. La lluvia seguía azotando el vidrio exterior con fuerza.

—¿Y qué pasó con Javier Robles en esa investigación? —preguntó Medina con tono pausado.

Ojeda revisó las notas del viejo expediente policial adjunto.

—Los oficiales de ese distrito lo interrogaron un par de veces. Según el reporte de Vargas, Robles actuó de manera muy errática tras la desaparición. Salió a toda velocidad en su coche la misma noche en que su esposa no llegó a dormir y pasó los siguientes meses descuidando su trabajo, aislado por completo. El informe dice que los vecinos informaron que el hombre parecía haber perdido la cabeza; dejó el empleo en la distribuidora donde trabajaba y vendió casi todo lo que tenía. Pero como no había indicios de que él la hubiera lastimado dentro de la casa, ni testigos que los hubieran visto discutir, el caso se estancó y lo archivaron como una desaparición misteriosa.

Medina se reclinó de nuevo en su silla, cruzando los brazos sobre el pecho. Sus treinta años de experiencia lo hacían desconfiar de las coincidencias de inmediato, pero su mentalidad analítica le impedía sacar conclusiones apresuradas.

—A ver si entiendo, Mateo —dijo Medina—. Tenemos a un hombre cuya esposa desaparece de forma extraña hace un año en el sur de la ciudad. El tipo se vuelve un ermitaño, deja su vida atrás, y ahora su coche aparece registrado merodeando por las noches en el sector norte, justo donde hace unos meses mataron a Mónica Silva y anoche a Sara Pereira.

—Es demasiada casualidad, inspector —afirmó Ojeda, con los ojos brillándole por la adrenalina del descubrimiento—. Un hombre desequilibrado que perdió a su mujer y que ahora pasa las madrugadas escondido en los acotamientos oscuros del bosque

donde mueren mujeres jóvenes. Encaja perfectamente con alguien que conoce las debilidades de las rutas periféricas.

—No te adelantes, muchacho —lo frenó Medina de inmediato, manteniendo la voz firme—. Javier Robles no es un sospechoso todavía. No tenemos una sola huella suya en el Bosque de los Cedros, ni en el cuerpo de Sara, ni en el de Mónica Silva. Que su coche esté en la zona solo significa que el tipo se la pasa manejando de noche por donde no debe. Puede tener un trabajo nocturno que no ha registrado, puede estar viviendo en alguna de las cabañas de la montaña o puede estar simplemente loco.

—¿Entonces qué hacemos, jefe? ¿Dejamos pasar el dato?

Medina se puso de pie, tomando su chaqueta de cuero del perchero.

—Por supuesto que no. Vamos a buscar la dirección actual de ese vehículo. Si Javier Robles vive en la zona alta, quiero saber exactamente qué hace despierto a las dos de la mañana mientras las mujeres del distrito mueren en los senderos. Consígueme la ubicación exacta de esa propiedad en la montaña, Mateo. Mañana temprano vamos a ir a hacerle una visita informal a ese señor.

CAPÍTULO 6

La mañana en las faldas de la montaña amaneció con un frío que calaba los huesos. Javier estaba inclinado sobre el compartimento del motor de su coche viejo, apoyando una mano en el radiador frío mientras con la otra aflojaba la abrazadera de una manguera agrietada. El cofre alzado bloqueaba la poca luz que se filtraba a través de las ramas de los pinos altos, proyectando sombras alargadas sobre la tierra y las herramientas esparcidas en el suelo.

Tenía los dedos manchados de grasa negra y anticongelante. Sabía que no podía permitirse que el motor fallara; necesitaba que el vehículo respondiera con precisión en cuanto cayera la noche y la periferia se quedara sola. El plástico crujió bajo la presión de la llave inglesa. Javier apretó los dientes, forzando la pieza hasta que cedió con un golpe seco.

—Vas a terminar rompiendo algo más —dijo la mujer, sentándose en el escalón de piedra de la entrada de la cabaña.

Javier no levantó la vista del motor. Tomó un trapo sucio de la salpicadera y se limpió los dedos de manera mecánica, sin lograr quitarse la costra de suciedad de las uñas.

—Esta manguera ya no aguantaba —respondió él, con la voz seca—. Estaba tirando líquido. Si el motor se calienta a mitad del camino, me quedo vendido en cualquier cuneta.

La mujer se cruzó de brazos, acomodándose el abrigo gris para protegerse del viento. Lo observaba con una fijeza pesada, una mirada que Javier sentía en la nuca.

—¿Y qué vas a hacer cuando ya no puedas arreglarlo? —preguntó ella suavemente—. Llevas meses metido debajo de ese cofre, cambiando piezas viejas. Te la pasas perdiendo el tiempo con este coche, Javier. Mira la hora que es. Ya es de día y sigues aquí afuera.

—Tú sabes perfectamente por qué necesito que este coche se mueva —Javier soltó la llave inglesa, que cayó sobre la caja de metal con un ruido estridente—. No puedo dejarlo tirado.

La mujer bajó la vista hacia sus propios zapatos, removiendo una hoja seca con la punta del pie.

—A veces me pregunto si de verdad te acuerdas de cómo eran las cosas antes de que nos mudáramos aquí —comentó, con un tono plano—. Antes de que te encerraras en este cuarto a llenar las paredes de marcas. Tenías una vida normal, Javier. Un trabajo, horarios. Ahora pareces un animal de monte que solo sale cuando se apagan las luces de la carretera.

Javier se enderezó bruscamente. El dolor en la sien derecha le dio una punzada violenta. Se apoyó contra el marco del auto, mirando la silueta de la mujer recortada contra la madera vieja de la cabaña.

—Esa vida normal ya no existe —dijo él, entornando los ojos—. Se terminó esa noche. Por eso estoy aquí.

La mujer levantó la cabeza y sostuvo la mirada. Sus ojos oscuros reflejaban una resignación antigua, densa, la fijeza de quien comparte un secreto demasiado pesado.

—Lo sé —respondió ella, con la voz apenas más alta que el siseo del viento—. Viniste a este lugar en la montaña para pasarte las madrugadas dando vueltas por los mismos caminos oscuros. Estás obsesionado con esa zona, con regresar a ese maldito bosque, y te estás volviendo loco.

Javier apretó los puños, sintiendo los restos de la grasa fría pegándosele en la piel. Sus pensamientos se fijaron en las imágenes de la hondonada lodosa del Bosque de los Cedros y en el peso de la tierra húmeda que había apretado entre sus dedos la madrugada anterior.

—No es una obsesión —afirmó Javier, dando un paso hacia ella, con los zapatos pesados de lodo dejando marcas oscuras en la piedra—. Sé exactamente cómo se mueve la gente por esos bordes en la madrugada. Si me quedo aquí encerrado, nada de lo que hago tendría sentido.

La mujer se puso de pie lentamente, estirando las arrugas de su abrigo gris. Se acercó a él hasta quedar a un metro de distancia.

—Mira cómo vuelves cada mañana —dijo ella, mirándole las manos sucias—. Lleno de fango, con la ropa rota y los ojos de alguien que no duerme por andar merodeando en los senderos oscuros. Un día de estos la policía va a subir por este camino de la montaña y no vas a tener cómo explicarles qué hacías parado en ese acotamiento a esas horas.

Javier regresó al compartimento del motor, dándole la espalda.

—La policía busca donde siempre hay luz —sentenció él—. No entienden lo que pasa en los puntos ciegos. Yo sí. Yo sé perfectamente lo solo que es ese tramo cuando pasa la medianoche.

Tomó un destornillador y comenzó a ajustar la abrazadera con movimientos rápidos, precisos. La mujer no se movió de su lado; se limitó a observar cómo trabajaba su mano izquierda, aplicando la fuerza con un desplazamiento natural que a Javier le salía sin pensar.

—Da miedo mirarte cuando te pones así —añadió ella en voz baja—. Tienes una paciencia que asusta, Javier.

Javier detuvo el destornillador por un segundo. Se quedó inmóvil, con la herramienta suspendida sobre las piezas mecánicas. Luego, sin responderle, continuó apretando el tornillo hasta que el plástico de la junta crujió bajo la presión.

—Ya quedó —dijo, cerrando el cofre de golpe. El sonido metálico resonó con fuerza entre los pinos.

Se dio la vuelta para buscar el cubo de agua para lavarse, pero al mirar hacia el escalón de piedra, notó que la puerta de la cabaña estaba medio abierta. El asiento donde ella había estado sentada segundos antes estaba vacío. Javier se quedó solo en medio del frío, con las manos negras de grasa y el motor reparado, listo para volver a bajar a los caminos de Valleverde en cuanto el sol se ocultara detrás de la cresta de la montaña.

CAPÍTULO 7

La lluvia de la tarde había dejado paso a un frío húmedo que se filtraba por las rendijas de los viejos ventanales de la delegación. En el escritorio del inspector Daniel Medina, las carpetas del expediente de Lucía Ortega estaban abiertas de par en par, iluminadas por la luz amarillenta de una lámpara de flexo que zumbaba sutilmente.

Mateo Ojeda permanecía sentado al otro lado de la mesa, revisando las copias de las bitácoras y las declaraciones tomadas un año atrás en el Distrito Sur.

—Aquí está el detalle de la jurisdicción, inspector —dijo Ojeda, señalando una hoja manuscrita—. El caso se abrió en el sur porque allá estaba el domicilio de la pareja, pero la ruta que investigaron conecta directamente con nuestro sector.

Medina se acomodó los lentes, inclinándose sobre el papel.

—¿Qué dice el reporte inicial?

—La mujer, Lucía Ortega, salió de su casa a mitad de la noche hacia el norte para ir a la casa de su madre, que estaba enferma. Según la declaración de Javier Robles, ella quedó en enviarle un mensaje de texto en cuanto bajara del autobús en la terminal del norte, pero el mensaje nunca llegó. Robles declaró que esperó una hora y, al no tener noticias, salió en su coche a las tres de la mañana para buscarla. Fue a la casa de la suegra, confirmó que Lucía jamás había llegado, y luego pasó el resto de la madrugada dando vueltas por la carretera forestal.

Medina pasó una página del expediente, deteniéndose en las entrevistas vecinales.

—Aquí hay una nota del testigo de la casa contigua —observó el inspector—. El vecino escuchó el coche salir a toda velocidad a las tres y lo vio regresar antes del amanecer, todavía de madrugada. Dice que Robles bajó del vehículo cubierto de fango de la montaña. En cuanto amaneció, fue a la delegación del sur.

—Así es. Pero allá le aplicaron el protocolo estándar: le dijeron que debía esperar a que se cumplieran las veinticuatro horas antes de iniciar los trámites de búsqueda —explicó Ojeda, tamborileando los dedos sobre la mesa—. Para cuando los agentes del sur empezaron a moverse y localizaron al chofer del autobús y a los pasajeros habituales de ese recorrido nocturno, ya habían pasado casi dos días. Nadie pudo recordar con certeza si una mujer con las descripciones de Lucía iba en ese transporte. Dijeron que era posible, pero que a esa hora viajan a oscuras y no se fijan en los rostros.

Medina soltó un soplido corto, analizando el cuadro.

—Un callejón sin salida. No había señales de violencia en la casa, los vecinos no escucharon discusiones previas y no tenían forma de desmentir al marido. Al final tuvieron que quedarse con la versión de Robles y archivar el expediente como una presunta fuga voluntaria.

—Exacto. La policía del sur asumió que la mujer simplemente usó el viaje como una excusa para marcharse y no regresó —Ojeda se inclinó hacia el frente, con la mirada fija en su jefe—. Pero mire lo que pasa después, inspector. Un par de meses después de la desaparición, Robles deja su empleo, vende sus cosas en el sur y se muda definitivamente a una propiedad rural en la zona alta de la montaña, aquí en el norte. Ya estaba instalado ahí cuando ocurrió el asesinato de Mónica Silva hace seis meses, y ahora su coche viejo lleva dos semanas estacionándose en los márgenes oscuros de la misma terminal donde su esposa debió bajarse hace un año.

Medina guardó silencio unos segundos, observando la fotografía en blanco y negro de Javier Robles pegada a la ficha de identidad. Un rostro de facciones duras y mirada opaca.

—¿Cuál es tu teoría, Mateo? —preguntó el inspector con tono pausado.

Ojeda se aclaró la garganta, midiendo el peso de sus palabras.

—Es una hipótesis de trabajo, jefe, pero el sesgo es muy evidente. Robles dice que salió a buscarla a las tres de la mañana porque no

recibió un mensaje, pero nadie vio a esa mujer subir al autobús en el sur, ni bajar en el norte. La única prueba de que Lucía tomó esa ruta es la palabra de su esposo. ¿Y si esa salida de madrugada en el coche fue para deshacerse de ella en el bosque? Luego regresó cubierto de lodo antes del amanecer porque estuvo ocultando algo en la maleza. Se mudó a la montaña para alejarse de la ciudad. Y ha estado operando en ese lugar. Sara Pereira apareció en esa misma zona hace menos de veinticuatro horas.

Medina cerró la carpeta del expediente con un golpe seco que levantó una brizna de polvo bajo la lámpara. Se puso en pie, estirando la chaqueta de cuero que colgaba del respaldo de su silla.

—Es una teoría que encaja en el papel, Mateo, pero sigue siendo una suposición. No tenemos una sola prueba material que vincule a Robles con las ropas de Sara Pereira o Mónica Silva. Que maneje de noche por la montaña o que viva aislado tras perder a su esposa no es un delito.

—No pido una orden de detención, inspector —replicó Ojeda de inmediato—. Pero el coche está merodeando la zona de los ataques. El carnicero lo tiene ubicado. Lo mínimo que podemos hacer es ir a confrontarlo, ver cómo reacciona cuando sepa que su auto está bajo el radar por los homicidios del norte.

Medina caminó hacia la salida de la oficina, pensativo.

—Vargas anotó un domicilio provisional en la última actualización. Una pequeña propiedad que pertenecía a la familia de Robles en la zona alta, subiendo por la vieja ruta forestal. Vamos a ir mañana al amanecer. Una visita de rutina, dos policías haciendo preguntas ordinarias sobre un vehículo sospechoso cerca de la terminal. Quiero verle la cara a ese hombre, Mateo. Quiero ver cómo se comporta cuando le mencionemos el Bosque de los Cedros. Coordina con la patrulla de caminos para que nos tengan la ruta exacta a primera hora.

CAPÍTULO 8

El motor del coche viejo llevaba apagado casi una hora, pero el habitáculo conservaba ese olor rancio a tapicería húmeda, café frío y el metal oxidado de las herramientas del maletero. Javier mantenía las manos metidas en los bolsillos de su chaqueta, con la espalda ligeramente recostada contra el asiento del conductor. A través del parabrisas, que empezaba a cubrirse con una fina capa de escarcha por el frío de las tres de la madrugada, la avenida de los talleres se extendía como una franja gris, muerta y flanqueada por las siluetas macizas de las bodegas.

El silencio era casi sólido, roto únicamente por el siseo intermitente del viento de la montaña que bajaba a morir en los límites del Bosque de los Cedros. Javier no parpadeaba. Tenía los ojos inyectados en sangre fijos en el cruce peatonal, justo debajo de la última farola de la avenida, cuya luz mortecina parpadeaba con un zumbido eléctrico apenas perceptible.

Entonces, la silueta apareció.

Surgió de uno de los callejones laterales de la zona industrial. Era un hombre de estatura media, vestido con ropa oscura y una chaqueta de nailon que brillaba sutilmente bajo el reflejo de la farola. Caminaba a paso rápido, con las manos metidas en los bolsillos y la cabeza gacha para protegerse del viento, avanzando directamente hacia el camino que bordeaba el bosque, la ruta habitual para cortar camino hacia las viviendas del otro lado del cerro.

Javier se enderezó en el asiento de manera casi mecánica. El dolor punzante en su sien derecha pareció desvanecerse, reemplazado por una descarga fría que le recorrió la espina dorsal.

Con un movimiento ensayado mil veces en la penumbra de su cabaña, Javier deslizó la mano izquierda hacia la manija de la puerta. La presionó despacio, milímetro a milímetro, conteniendo la respiración hasta que el pestillo cedió con un chasquido casi inaudible. Salió del coche protegiendo el ángulo de la puerta para

que no hiciera ruido al encajar y se mimetizó de inmediato con la sombra del acotamiento.

El aire helado de la madrugada le dio en el rostro, pero Javier ya no sentía el frío.

Cruzó la calzada con pisadas elásticas, aprovechando el momento en que una ráfaga de viento sacudía las copas de los pinos para ocultar el roce de sus propios zapatos contra la tierra suelta. Se colocó en la acera de enfrente, manteniéndose a unos veinte metros de distancia de la silueta, oculto por los muros de concreto de las bodegas y los matorrales espesos que crecían sin control en las orillas del pavimento.

La persecución adquirió un ritmo milimétrico, un eco sutil que calcaba el andar de la figura delantera. El hombre de la chaqueta oscura alargaba la zancada y Javier acomodaba su propio paso, midiendo la distancia con la precisión de un animal sigiloso que evalúa el momento justo para acortar el margen.

Cuando el transeúnte aminoraba la marcha, Javier se pegaba instantáneamente a la pared de ladrillos, congelando su postura, volviéndose parte de la misma niebla que subía desde el río. Su respiración era corta, controlada; sus puños permanecían cerrados dentro de los bolsillos.

Llegaron al final de la avenida, justo donde el pavimento cedía su lugar al lodo negro y las raíces expuestas del sendero peatonal. Allí, donde la luz pública se extinguía por completo y comenzaban los terrenos del Bosque de los Cedros, el hombre se detuvo en seco. Algo en el ambiente, o quizás un leve descuido en el eco de las pisadas, lo hizo girar la cabeza de golpe.

Javier no llegó a cubrirse detrás del último pino. Se quedó inmóvil a mitad del sendero, con la silueta recortada contra la claridad pálida que aún emitía la farola lejana.

Durante un segundo infinito, las miradas de ambos hombres se cruzaron en la penumbra. No hubo palabras. Solo la fijeza helada de Javier contra el pánico súbito que desencajó las facciones del otro

hombre al confirmar que, efectivamente, la sombra que lo seguía desde los talleres era real.

El hombre soltó un jadeo ahogado y rompió a correr con desesperación, adentrándose de golpe en la boca de lobo del bosque.

En ese mismo instante, Javier abandonó todo sigilo. Salió disparado detrás de él, acelerando la marcha de golpe mientras sus pisadas aplastaban con fuerza la hojarasca y las ramas secas del suelo. La distancia entre ambos pareció reducirse en los primeros metros, con el sonido de la chaqueta de nailon del fugitivo guiándolo a través de la oscuridad del sendero estrecho.

El hombre se desvió bruscamente del camino principal, metiéndose entre un laberinto de matorrales espinosos y pinos jóvenes donde la luz de la noche no lograba filtrar el menor relieve. Javier se hundió hasta los tobillos en el fango de una hondonada, tropezando con una raíz oculta que lo obligó a apoyar las manos en la tierra húmeda para no perder el equilibrio.

Se incorporó de inmediato, limpiándose el barro en los pantalones con un movimiento automático, pero la ventaja de tiempo ya se había perdido. El crujido frenético de la maleza rompiéndose comenzó a alejarse rápidamente, hundiéndose en la parte más densa y alta del cerro, hasta que el siseo del viento volvió a reclamar el control de la madrugada.

El hombre se había esfumado.

Javier se quedó completamente quieto en medio de la hondonada oscura, rodeado por la inmensidad de los árboles y la niebla que lo envolvía todo. Su respiración, agitada y ronca, formaba pequeñas nubes de vapor blanco que desaparecían en el aire helado. No se movió ni emitió un solo sonido. Permaneció allí solo, de pie en la mitad de la noche, dejando que el silencio del bosque se tragara el rastro de la huida.

CAPÍTULO 9

El camino de tierra que subía hacia la parte alta de la montaña era estrecho y estaba lleno de baches que hacían crujir la suspensión de la patrulla. Medina mantenía las manos firmes sobre el volante, esquivando las raíces expuestas que sobresalían de las orillas boscosas. A medida que ascendían, la niebla de la mañana se volvía más espesa, reduciendo la visibilidad a unos pocos metros.

—Es aquí —dijo Ojeda, consultando la hoja del expediente que llevaba sobre las rodillas.

Medina detuvo el coche en un ensanchamiento de la vía. Frente a ellos, protegida por un terreno grande y rodeada de pinos densos, se levantaba la cabaña de Javier Robles. Era una construcción rústica, aislada por completo de cualquier otra vivienda. Las ventanas estaban oscuras y el camino de acceso permanecía vacío; el sedán gris viejo de Robles no estaba en ese momento.

Ambos detectives bajaron del coche, hundiéndose levemente en la tierra húmeda. El silencio en el lugar era absoluto, solo interrumpido por el goteo del agua que caía de las ramas altas. Medina y Ojeda subieron los tres peldaños de madera del porche. Medina llamó a la puerta golpeando el marco con los nudillos tres veces. Esperaron unos segundos. El silencio continuó dentro de la vivienda. Medina volvió a llamar con más fuerza, pero nadie respondió.

Al confirmar que no había nadie, Ojeda agarró el picaporte de hierro de la puerta principal, lo tentó hacia ambos lados y se volvió hacia Medina de manera escueta.

—Está cerrado. Podemos forzarla en un segundo para echar un vistazo rápido.

—No —respondió Medina de inmediato, apartando la mano de Ojeda del pomo—. No tenemos orden de allanamiento. Si este tipo resulta ser el culpable, un error de procedimiento tiraría todo el caso en el juzgado. Vámonos.

De regreso por el camino de descenso, un par de kilómetros más abajo, el bosque cedía terreno a unas pocas propiedades rurales dispersas. Medina vio a un lugareño que apilaba leña bajo el cobertizo de una casa de block y detuvo el vehículo a la orilla de la calzada. Ojeda bajó la ventanilla y mostró la placa de la policía de manera rápida.

—Buscamos a Javier Robles. ¿Lo conoce?

El hombre se apoyó en el hacha y los miró con parsimonia, entornando los ojos por la claridad gris del día.

—¿Quién? —preguntó el lugareño.

—El dueño de la cabaña del terreno de arriba —aclaró Ojeda.

—Ah —asintió el hombre, acomodándose la gorra—. No sabía que se llamaba así. Es que aquí nadie lo conoce. Vive solo ahí arriba y es muy huraño. Solo lo vemos pasar en su coche de vez en cuando y jamás cruza palabra con nadie.

—¿A qué hora pasa normalmente? —inquirió Medina.

—No sabría decirle con exactitud —respondió el lugareño—, pero por lo general escucho pasar su coche ruidoso por la carretera durante la madrugada, cuando todo está en silencio.

Medina agradeció con un gesto corto y reanudó la marcha. Tomaron la carretera principal en dirección al sur. Les tomó casi una hora de trayecto dejar atrás el paisaje montañoso para adentrarse en el sector residencial de la periferia donde Javier Robles había vivido antes de mudarse a la montaña.

Aparcaron frente a una vivienda de una sola planta con el césped descuidado. Ojeda consultó de nuevo las notas del informe original y caminó hacia la propiedad colindante. Un hombre de mediana edad salía a retirar los botes de basura cuando los detectives se aproximaron. Al identificarse como policías y mencionar el nombre de Javier Robles, el vecino se detuvo, asimilando el recuerdo.

—La policía ya me preguntó lo mismo hace tiempo —dijo el vecino, cruzándose de brazos—, pero les diré lo que vi, que fue exactamente

lo que declaré en su momento.

—Cuéntenos de la madrugada en que desapareció su esposa, Lucía —pidió Medina.

—A ella la vi temprano ese día, por la tarde, haciendo las cosas normales de la casa —explicó el vecino—. Pero no vi si salió de madrugada a tomar el autobús. A las tres de la mañana me despertó el rugido del motor del coche de Javier. Salió a toda velocidad, haciendo chirriar las llantas contra el pavimento. Yo estaba acostado y el coche se fue tan rápido que no alcancé a ver quién iba dentro.

—¿Y el regreso? —preguntó Ojeda.

—Fue cerca de las cinco de la mañana. Lo sé porque miré el reloj de la cocina cuando volví a escuchar el motor. Me asomé por la ventana. La luz de la calle daba directo a su entrada. Javier se bajó del coche y parecía ido, en estado de shock. El vehículo y su ropa estaban cubiertos de lodo de la cabeza a los pies. Se quedó quieto un momento y luego entró a la casa.

Medina tomó nota del detalle en su mente.

—¿Qué pasó después de esa noche? —inquirió Medina.

—Se volvió un extraño —respondió el vecino—. Algún tiempo después dejó el trabajo que tenía y casi no se le veía el pelo. Siguió viviendo ahí de forma huraña, encerrado. Así estuvo unos seis meses, hasta que un día, de golpe, puso el cartel de venta, malvendió la casa y se marchó sin despedirse de nadie.

Los detectives agradecieron la información y regresaron al coche patrulla. Medina arrancó el motor y condujo despacio hacia la jefatura de policía. El silencio dentro del vehículo se prolongó durante varios kilómetros. Ojeda miraba por la ventanilla lateral, asimilando los datos.

—Las tres de la madrugada, Medina —dijo Ojeda finalmente, rompiendo el silencio—. El lodo en la ropa al regresar a las cinco. El aislamiento absoluto en el que vive ahora. Ese tipo oculta algo grande.

Medina no respondió de inmediato. Mantuvo la vista fija en el asfalto mojado por la llovizna, pero por primera vez, su rigidez profesional comenzó a ceder ante la lógica de los hechos. Las piezas del expediente del pasado coincidían de forma muy extraña con los horarios y el comportamiento actual de Robles. Aquel hombre era, sin duda, un sospechoso legítimo sobre el cual valía la pena profundizar en el informe escrito.

CAPÍTULO 10

El motor del sedán gris carraspeaba con pesadez mientras Javier encaraba la última pendiente de la montaña. Tenía las manos aferradas al volante, con los nudillos blanquecinos y las uñas sucias de tierra. El cansancio acumulado de la madrugada le pesaba en los párpados, pero la crispación en su mandíbula seguía intacta. La frustración le corría por las venas; lo había tenido a unos metros, casi al alcance de la mano, antes de que el bosque se tragara sus pisadas.

Al pasar junto a la propiedad del vecino, un par de kilómetros antes de coronar la cima, vio al hombre de la leña de pie junto a la orilla del camino. Al reconocer el coche, el hombre levantó un brazo y le hizo señas claras para que se detuviera.

Javier frenó el coche de golpe, dejando que el motor continuara encendido con un ralentí inestable. Bajó la ventanilla apenas unos centímetros. El aire frío de la mañana se coló en el habitáculo.

El hombre se acercó despacio, metiendo las manos en los bolsillos de su chaleco.

—¿Es usted Javier Robles? —preguntó, observando la rigidez en el rostro de Javier.

Javier lo miró fijamente, con los ojos entrecerrados y sin hacer un solo ademán de cortesía.

—¿Por qué lo pregunta? —su voz sonó seca, dura, cortando cualquier intento de charla.

El vecino carraspeó, incómodo por la hosquedad del tono.

—Una patrulla de la policía estuvo aquí hace un rato. Dos tipos con cara de pocos amigos. Subieron hasta su terreno y luego bajaron a preguntarme por usted. Preguntaron a qué hora pasaba.

Javier mantuvo la vista fija en el hombre durante un segundo que pareció demasiado largo. No se le movió un solo músculo de la cara.

—Gracias.

Subió la ventanilla de inmediato, engranó la marcha y aceleró, dejando al hombre atrás en medio de la polvareda y el humo del escape.

Cuando llegó a la cabaña, apagó el motor y se quedó unos instantes en silencio, con la frente apoyada en el volante. El lodo seco se desmoronaba de sus pantalones cada vez que movía las piernas. Salió del coche, cruzó el porche y abrió la puerta principal de madera pesada, cerrándola de un golpe seco a sus espaldas.

El interior de la cabaña estaba en penumbra, apenas iluminado por los hilos de luz gris que lograban filtrarse a través de las rendijas de las maderas.

—Se me escapó —dijo Javier en voz alta, arrojando la chaqueta sobre una silla de madera. Caminó de un lado a otro del salón con pasos nerviosos—. Lo tenía a unos metros en el sendero. Se metió en una hondonada y lo perdí de vista en la oscuridad. Un poco más y lo habría alcanzado.

Desde la penumbra del pasillo, una silueta femenina se movió despacio. La mujer se acercó a él con paso suave, casi incorpóreo en la penumbra del espacio cerrado. Se detuvo a su lado y le puso una mano en el hombro. El contacto fue leve, pero Javier pareció relajarse un instante bajo su tacto.

—Estás exhausto, Javier —dijo ella con una voz suave, cargada de una fatiga profunda—. Mírate las manos. Esto tiene que terminar. No puedes seguir saliendo todas las noches a la carretera. Te estás destruyendo.

—Estaba allí —insistió Javier, con los dientes apretados y la mirada fija en el suelo—. Estaba tan cerca. Pero se metió en la maleza y no pude alcanzarlo.

La mujer suspiró, retirando la mano de su hombro para cruzarse de brazos. Su figura se recortaba contra la escasa claridad de la estancia.

—Hoy la policía llegó hasta aquí —dijo ella, con un tono plano—. Tienes que dejar ya esto, Javier. Se están acercando demasiado.

Javier no respondió. Se acercó a la ventana que daba al bosque, apartando apenas un centímetro la cortina polvorienta para observar el camino de acceso. La niebla comenzaba a disiparse, dejando al descubierto la inmensidad gris de los pinos.

CAPÍTULO 11

El despacho de la comisaría estaba en completo silencio, roto únicamente por el siseo de la calefacción vieja. Medina repasaba los mapas del sector norte del Bosque de los Cedros extendidos sobre su escritorio, mientras Ojeda se mantenía de pie junto a la ventana, observando el lento discurrir de la tarde gris.

—No vamos a conseguir la orden de allanamiento para la cabaña de la montaña tan rápido —dijo Medina, dejando caer el bolígrafo sobre el papel—. El juez nos va a pedir más que el testimonio de un vecino que escucha un motor de madrugada.

—Entonces no esperemos la orden —Ojeda se volvió, metiéndose las manos en los bolsillos—. Sabemos que el sedán gris se mueve en esa franja horaria. El lugareño de la montaña lo escucha bajar hacia el bosque. Montemos una guardia discreta en el sector de las bodegas antes de las tres. Si Robles merodea por ahí, lo agarramos en el sitio.

Medina guardó silencio unos instantes, sopesando los riesgos de procedimiento. Al final, dobló el mapa y asintió de manera escueta.

La madrugada en el límite del Bosque de los Cedros era helada y estaba cubierta por una niebla espesa que reducía las siluetas de los pinos a meros fantasmas grises. Eran las dos y media de la noche cuando el coche de los detectives avanzó con las luces apagadas por la última calzada pavimentada de la avenida de los talleres.

Medina detuvo el vehículo a unos cincuenta metros del inicio del sendero peatonal, resguardándose bajo la sombra de una bodega abandonada. Ambos detectives bajaron en silencio, hundiéndose levemente en la tierra húmeda del arcén. Caminaron con cautela hacia la entrada del sendero, donde la vegetación se volvía más densa.

A unos pasos de la linde del bosque, medio oculto por las ramas bajas de un sauce, divisaron la silueta de un coche. Se aproximaron despacio. Era el sedán gris. Ojeda se acercó a la ventanilla del

conductor, protegiendo la luz de su linterna con la mano para inspeccionar el interior. El habitáculo estaba completamente vacío. Medina rodeó el vehículo y apoyó la palma de la mano sobre el capó húmedo por la escarcha; el metal aún conservaba un calor leve.

—Acaba de dejarlo aquí —susurró Ojeda.

Medina hizo una seña hacia los matorrales colindantes. Se apostaron allí, resguardados por la oscuridad y la niebla, manteniendo la vista fija en el sendero peatonal que se adentraba en el bosque.

No pasaron más de diez minutos antes de que el silencio se rompiera por el roce sutil de la maleza.

Una silueta alta emergió del sendero, moviéndose despacio, con la cabeza gacha y el cuerpo tenso, tratando de mimetizarse con la penumbra mientras avanzaba de regreso hacia el sedán gris. Su actitud alerta y la forma en que escudriñaba el entorno antes de dar cada paso denotaban que intentaba pasar completamente desapercibido.

Medina y Ojeda intercambiaron una mirada rápida. Sin desenfundar sus armas, salieron de la sombra del matorral a paso firme para cerrarle el paso.

—Buenas noches —dijo Medina en tono firme, dando un paso al frente.

Al escuchar la voz, la silueta se congeló en seco. Durante una fracción de segundo pareció evaluar a los dos hombres que bloqueaban el camino al coche. De inmediato, dio media vuelta y se lanzó a correr con desesperación hacia el espesor del bosque.

—¡Alto! ¡Policía! —gritó Ojeda.

Los dos detectives se internaron en la maleza detrás de él. El suelo del bosque era una trampa de lodo resbaladizo, ramas bajas y raíces ocultas. Ojeda corría esquivando los matorrales, tratando de no perder el rastro de la figura que se abría paso entre la vegetación unos metros más adelante. Sin embargo, la oscuridad era absoluta más allá de los haces de luz de sus linternas, y el terreno de la montaña ascendía de forma abrupta.

Tras una persecución ciega de apenas dos minutos en la que el sospechoso demostró una agilidad tremenda para sortear los obstáculos en la negrura, el sonido de las pisadas delanteras se desvaneció por completo. Los detectives se detuvieron, jadeando, barriendo la espesura con las luces en todas direcciones. Solo el siseo del viento entre las copas de los árboles respondió a su búsqueda.

—Lo perdimos —masculló Ojeda, tratando de recuperar el aliento.

Medina, con la respiración entrecortada, apuntó su linterna hacia el suelo húmedo por donde el fugitivo había iniciado su huida apresurada.

—Empecemos a peinar la zona desde donde corrió —dijo Medina—. Algo estaba haciendo aquí adentro.

Comenzaron a caminar despacio, siguiendo el rastro de la maleza aplastada y las ramas rotas que el desconocido había dejado al huir. Apenas unos metros más adelante del punto donde la silueta había dado media vuelta, Medina notó un brillo metálico en el fango húmedo.

Se agachó y acercó el haz de luz. Era un pequeño sobre de aluminio individual, arrugado y húmedo, del tipo que se utiliza para sellar analgésicos fuertes de prescripción médica. La esquina del sobre estaba ligeramente rasgada, como si el fugitivo hubiese estado a punto de abrirlo para tomarse el medicamento justo en el momento en que los detectives lo sorprendieron.

Medina levantó el sobre con la punta de un bolígrafo para examinarlo. La marca impresa correspondía a un fármaco específico y fuerte para el tratamiento de la migraña severa.

—Sufre de migrañas —observó Medina, guardando el sobre en una pequeña bolsa plástica de pruebas—. Esto nos servirá más adelante si logramos revisar su historial médico.

Se incorporaron y continuaron adentrándose en el bosque, siguiendo la dirección general de la que provenía la silueta antes de ser

interceptada. Avanzaron unos cincuenta metros más, donde la vegetación se abría en un pequeño claro protegido por pinos densos.

Ojeda, que iba al frente, detuvo su haz de luz en el suelo y se quedó inmóvil.

—Medina —dijo con voz baja.

Medina se colocó a su lado y apuntó también su linterna hacia el centro del claro.

Tendida sobre un manto de hojarasca húmeda, yacía el cuerpo de una mujer joven, semidesnuda. Medina se acercó despacio, cuidando de no alterar el terreno, y se agachó para examinar el cadáver. Al notar la rigidez y las marcas en el cuello, se volvió hacia su compañero.

—Es el mismo modus operandi —confirmó Medina, con el rostro serio—. Y el cuerpo aún está templado. El tipo con el que nos cruzamos acaba de hacerlo.

CAPÍTULO 12

La llovizna helada caía de costado, empujada por el viento contra las ramas de los arbustos espinosos, colándose por el cuello de su chaqueta. Agazapado en el fondo de un barranco oscuro, a media ladera de la montaña, Javier Robles contenía la respiración. El fango de la pendiente se le pegaba a las rodillas y los muslos, pero permanecía inmóvil, mimetizado con la negrura del suelo.

A lo lejos, el haz errático de las linternas de los policías cortaba la niebla densa, barriendo las copas de los pinos altos. El viento traía el eco amortiguado de sus pisadas y el crujido de las ramas rotas. Se estaban alejando hacia el este, siguiendo el sendero equivocado.

Javier exhaló un vaho espeso, tratando de calmar el temblor que le sacudía el pecho. No era solo por el frío que le calaba los huesos. Abrió las manos en la penumbra. Estaban pegajosas, cubiertas de una sustancia pastosa y oscura que la llovizna no terminaba de limpiar: la sangre que también empapaba su ropa.

—Casi me atrapan —susurró para sí mismo, apretando los dientes hasta que le dolió la mandíbula—. Unos minutos antes... Unos minutos antes y no habría logrado escapar.

La mancha oscura de su chaqueta se extendía desde el pecho hasta los puños. Tenía que deshacerse de esa ropa, limpiar cada rastro de sus manos y ocultarse antes de que saliera el sol. Su coche estaba abajo, abandonado en la orilla del camino, y la policía no tardaría en custodiarlo. Si lo encontraban en este estado, cubierto de esa sangre tibia, todo habría terminado para él.

—Ellos jamás lo entenderían... —cerró los ojos en la penumbra, dejando que el murmullo de la llovizna trajera de vuelta la escena—. No entenderían este olor a sangre que se te mete en la cabeza, mezclado con la humedad del fango. La calidez tan densa de ese cuerpo entre mis brazos, perdiendo fuerza poco a poco. Sentir ese pecho apagándose segundo a segundo, hasta que ese frío repentino te avisa que su vida finalmente se ha esfumado. Ese silencio

absoluto apoderándose de la noche. Es algo que te marca para siempre.

Apretó los puños con fuerza, sintiendo cómo la adrenalina le devolvía el calor al cuerpo.

—Por eso no puedo dejar de hacerlo ahora —masculló—. Debo seguir.

La obsesión se instaló de nuevo en su pecho con la fuerza de un juramento. No podía dar marcha atrás ahora; el impulso era demasiado fuerte y la necesidad lo carcomía por dentro. Sin embargo, el margen de error se había reducido a nada. La policía patrullaba el bosque y su coche estaba en manos de Medina.

—Tengo que ser más cauteloso —se dijo, observando cómo las luces de las linternas se concentraban definitivamente en el claro, lejos de su posición.

Javier se incorporó despacio, estirando los músculos entumecidos por la tensión. Usó el agua acumulada en las hojas de un helecho cercano para frotarse la cara y las manos de manera apresurada, quitándose el lodo y los restos de sangre seca que le tiraban de la piel.

Su cabaña ya no era un lugar seguro; la policía la tenía bajo el radar desde la mañana. No le quedaba mucho tiempo. Tenía que subir a pie por la ladera más escarpada y oscura de la montaña, esquivando las carreteras principales, para sacar lo indispensable de la casa antes de que el amanecer delatara su silueta. Tenía que huir de allí esa misma noche.

CAPÍTULO 13

El viento de la madrugada arrastraba la lluvia fina entre los pinos altos, golpeando las capuchas de los uniformes. En mitad del claro, el haz de la linterna de Medina se detuvo sobre el cuerpo de la mujer. El cadáver yacía boca arriba sobre el fango, con los ojos fijos en la negrura del cielo y las ropas desgarradas.

Ojeda se arrodilló a un lado, cuidando de no pisar el fango removido alrededor de la víctima. Llevaba los guantes de látex puestos. Con dos dedos, apartó con cuidado el cuello del abrigo.

—La estranguló —dijo Ojeda. La llovizna le mojaba la frente—. Tiene las marcas de la cuerda en la garganta.

—Pero aquí hay demasiada sangre, Ojeda —Medina se agachó a su lado, apuntando con la luz hacia el pecho de la joven, donde el jersey de lana oscura estaba empapado y roto—. La apuñaló.

Ojeda examinó las heridas en el torso. Tres incisiones limpias, profundas, que habían atravesado el abrigo.

—Los cortes van inclinados de izquierda a derecha. El ángulo de entrada es oblicuo —observó Ojeda, midiendo visualmente la trayectoria—. El que lo hizo manejaba el cuchillo con la mano izquierda. Es zurdo.

Medina asintió en silencio, sintiendo cómo el frío de la tierra le traspasaba los pantalones. Se incorporó con dificultad y sacó la radio del cinturón.

—Central, aquí Unidad 4. Tenemos un código diez en el sector norte del Bosque de los Cedros, unos cincuenta metros adentro desde el sendero peatonal. Solicitamos forense de guardia, peritos y apoyo para acordonar el área. La víctima es una mujer joven. Repito, envíen al equipo de inmediato.

La radio siseó antes de que una voz cansada confirmara la recepción desde la comisaría central. Medina volvió a presionar el botón antes de colgarse la radio al cinturón.

—Y manden también un equipo de rastreo a peinar los senderos circundantes —añadió—. El tipo que corría por el bosque no puede haber ido muy lejos con esta tormenta. Tal vez aún estemos a tiempo de atraparlo en el perímetro.

—Sofía Mendoza —murmuró Ojeda, que había encontrado la cartera de la víctima tirada a un par de metros, medio oculta bajo un helecho. Sostenía la identificación frente a la luz de la linterna—. Ese es su nombre.

Medina miró el reloj. Eran casi las tres de la mañana.

—El coche de los detectives forenses tardará al menos veinte minutos en llegar aquí —dijo Medina—. Vamos a asegurar el coche de la avenida.

Caminaron de regreso hacia el arcén de la carretera de los talleres bajo la lluvia pertinaz. El sedán gris seguía allí, una silueta muda resguardada por las ramas del sauce.

Ojeda se acercó primero. Aunque la lógica policial les impedía abrir la puerta sin la firma de un juez, pegó el rostro al cristal del copiloto y encendió la linterna, barriendo el habitáculo.

—Medina, mira esto.

Medina se aproximó y observó a través del cristal húmedo. En el hueco de la consola central, justo al lado del freno de mano, se distinguían dos pequeños sobres de aluminio plateado, idénticos al que acababan de recoger del fango en el bosque.

—Es el mismo analgésico —dijo Medina, con la mandíbula apretada.

—No cabe duda de que el que huía era Javier Robles —dijo Ojeda, apagando la linterna—.

—Y huyó a pie —respondió Medina, con tono tajante—. Hay que esperar al juez de guardia para entrar en esa cabaña, Ojeda. En cuanto lleguen los refuerzos para custodiar el coche y la escena, me voy directo al juzgado. Quédate aquí con los forenses.

La burocracia de Valleverde era lenta, incluso cuando había un cadáver fresco sobre el lodo.

Medina pasó horas en la antesala del juzgado de instrucción. El juez de guardia, un hombre mayor y meticuloso llamado Alcaraz, no se dejó presionar por el uniforme ni por la urgencia del detective. Exigió el informe preliminar por escrito, el acta de hallazgo del vehículo y la confirmación de la titularidad del coche de Robles.

—No tengo antecedentes de violencia del señor Robles en este expediente, detective —dijo el juez, revisando los papeles por encima de sus gafas de lectura—. Necesito que la vinculación entre el sospechoso y la escena quede clara en el acta antes de autorizar un allanamiento a estas horas.

—El sospechoso huyó de nosotros en el bosque, señoría —insistió Medina, conteniendo la rabia—. Su coche está aparcado a metros del cadáver de Sofía Mendoza y encontramos sus pertenencias en la ruta de escape. Esa cabaña es su único domicilio registrado; si regresó ahí, es nuestra mejor oportunidad para ubicarlo.

El papeleo, las firmas y las llamadas de verificación se prolongaron durante toda la mañana. Cuando Medina finalmente salió del juzgado con el documento sellado en la mano, el reloj del salpicadero de la patrulla marcaba las nueve y cuarenta de la mañana. Habían pasado más de siete horas desde el crimen.

Cuando Medina llegó a la comisaría, el ambiente en el vestíbulo era caótico. Dos furgones de la policía estatal estaban estacionados en doble fila y varios agentes cargaban equipos tácticos.

Ojeda lo esperaba junto al mostrador de recepción. Tenía la mirada fija en el televisor colgado de la pared, que emitía un boletín informativo de urgencia.

En la pantalla, una reportera con chubasquero hablaba con el rostro desencajado frente a la cinta policial que cerraba el paso al Bosque de los Cedros. Detrás de ella se veía el ajetreo de los peritos y las patrullas.

"...el hallazgo del cuerpo de la joven Sofía Mendoza confirma los peores temores de la comunidad de Valleverde", decía la voz del presentador desde el estudio. "Las autoridades ya hablan de un

patrón idéntico al de otros asesinatos por esa zona, lo que confirma la presencia de un asesino en serie en la comarca. Los medios locales ya han bautizado al sospechoso como el 'Monstruo de Valleverde'. Según fuentes policiales, las fuerzas de seguridad buscan activamente a un sospechoso que huyó a pie durante la madrugada y que podría ser el responsable no solo de esta muerte, sino también de otros casos como el de Sara Pereira, que ocurrió hace apenas unos días..."

Medina sacó el mando a distancia del bolsillo del agente de guardia y apagó la pantalla de un manotazo. El silencio volvió al vestíbulo.

—La prensa ya está oliendo sangre —dijo Ojeda, volviéndose hacia su compañero—. Si no lo atrapamos pronto, esto se va a convertir en una cacería mediática descontrolada.

—Ya tengo la orden —dijo Medina, mostrando el papel—. Vamos a la cabaña. Si Robles regresó ahí, hay que sacarlo antes de que decida hacer una locura.

CAPÍTULO 14

El trayecto de regreso a pie a través de la montaña le había tomado mucho más tiempo del que había calculado. Javier había estimado que cruzar el bosque por los senderos altos le llevaría un par de horas a lo sumo, pero el fango arcilloso que le succionaba las botas, la niebla cerrada y el cansancio acumulado lo habían retrasado de forma desastrosa. Eran casi las nueve de la mañana cuando empujó la puerta trasera de la cabaña. Llevaba el labio partido por el frío, la respiración convertida en un silbido ronco y la certeza asfixiante de que ya iba muy tarde.

La luz grisácea del día maduro se colaba de perfil por las ventanas sucias, dibujando franjas de polvo flotante en la penumbra del salón. El silencio de la casa era pesado, casi sólido.

Se despojó de la chaqueta húmeda con movimientos espasmódicos. La tela pesaba el doble por el agua y el lodo, pero lo que le hizo apretar los dientes fue la rigidez de los puños, acartonados por la sangre seca de Sofía Mendoza. Se desvistió de prisa, dejando caer la ropa infectada en el suelo del baño.

Abrió la llave de la ducha con la mano izquierda. El agua salió helada, golpeándole la espalda como agujas de vidrio, pero no esperó a que templara. Frotó sus manos con saña bajo el chorro, desgastándose la piel con una pastilla de jabón rústico hasta que los nudillos le quedaron al rojo vivo. No quedaba rastro ferroso en sus uñas, ni en su cuello, ni en su pecho. Solo el temblor violento de un cuerpo al límite de la hipotermia.

Se vistió con lo primero que encontró en el armario: un jersey grueso de lana oscura y unos pantalones de loneta gastados. Cogió una mochila de lona del suelo de la habitación y regresó a la cocina. Con las manos aún trémulas, metió en ella una cantimplora, un fajo estrecho de billetes que guardaba en una lata de café y un par de conservas.

Apoyó las manos en la encimera, tratando de serenar el pulso. Para obligarse a enfocar, encendió la estufa para calentar un resto de café de la tarde anterior y lo sirvió en una taza de cerámica agrietada. Dejó la taza sobre la mesa de madera para que se templara un poco antes de beber de ella.

Al darse la vuelta para buscar el abrigo limpio en el perchero, la vio.

Estaba sentada a la mesa de madera, en el rincón más oscuro de la cocina. Llevaba el mismo vestido de punto gris, con el cabello cayéndole de lado sobre los hombros, observándolo con una calma sepulcral.

Javier no se inmutó. Ella estiró la mano, tomó la taza de cerámica de la que aún ascendía un vaho espeso por el calor y le pegó un sorbo lento, pausado, sin hacer el menor gesto por la temperatura del líquido hirviendo. Cuando volvió a apoyar la taza sobre la madera gastada, Javier bajó la vista: el café oscuro seguía exactamente al mismo nivel, casi rozando la grieta del borde. No parecía haber bajado ni una sola gota.

—¿Por qué tanta prisa? —preguntó ella. Su voz era un susurro limpio, plano.

Javier mantuvo el rostro rígido, una máscara de piedra inexpresiva.

—La policía —dijo él, con tono desapegado—. Casi me atrapan en el bosque. Tienen el coche.

Ella lo miró fijamente. Sus ojos oscuros reflejaban la pálida luz que entraba por la ventana de la cocina.

—Te lo advertí, Javier —dijo ella, con una melancolía que pareció enfriar aún más el aire de la habitación—. Te dije que dejaras esto antes de que fuera demasiado tarde. Te dije que te detuvieras.

—No podía.

—¿Por qué? —preguntó ella, suavemente.

Javier clavó la mirada en un punto vacío de la pared, con las facciones completamente endurecidas.

—Tú sabes por qué... —hizo una pausa—. Jamás te conté lo que pasó con Lucía... Te dije que había desaparecido, que se había ido y me había dejado. Pero esa no es la verdad.

Un silencio largo y denso se instaló en la cocina. El único sonido era el golpeteo constante de la llovizna contra el tejado de zinc.

—Ella está enterrada en este mismo bosque —continuó Javier, sin que un solo músculo de su rostro se moviera.

Otro silencio aún más pesado cayó entre los dos, estirándose como una cuerda a punto de romperse.

—Yo mismo la enterré con mis manos.

Fue en ese instante cuando una sola lágrima comenzó a resbalar muy despacio por la mejilla de ella, brillando bajo la luz gris antes de perderse en la comisura de sus labios. Javier permaneció inmóvil, firme, con la mandíbula apretada y la mirada perdida en la penumbra.

—¿Y la policía lo sabe? —preguntó ella al fin, apenas en un hilo de voz.

La pregunta detonó la alerta en la cabeza de Javier.

El recuerdo del coche abandonado en la orilla del camino y de los detectives viéndolo huir le devolvió de golpe la urgencia de la realidad. Dio media vuelta y caminó con paso rápido hacia la ventana del salón que daba al camino forestal.

Apartó apenas un centímetro del visillo mugriento.

A lo lejos, abriéndose paso a través de la densa niebla matutina que ascendía por la ladera, el destello intermitente de los rotativos azules y rojos cortaba la penumbra del bosque. Las patrullas ya habían tomado la desviación hacia la cabaña. Subían despacio, pero sin pausa.

Javier soltó la cortina. Miró hacia la puerta trasera, luego hacia la mochila a medio llenar sobre la encimera de la cocina, y finalmente hacia el rincón donde ella seguía sentada en silencio.

—Debemos irnos.

CAPÍTULO 15

El reloj del salpicadero del coche patrulla marcaba las diez y diez de la mañana cuando Medina apagó el motor bajo la arboleda que precedía a la cabaña. El silencio del bosque fue devorado de inmediato por el chasquido de las puertas de los dos vehículos de apoyo que se estacionaron detrás. Varios agentes locales bajaron de prisa, con rostros tensos.

Medina y Ojeda se adelantaron por el sendero de tierra batida, con las botas hundiéndose en el barro blando. La lluvia había calmado, convertida ahora en una bruma espesa que flotaba a ras de suelo y envolvía la estructura de madera de la casa.

Medina subió los tres peldaños del porche. Desenfundó su arma reglamentaria, la mantuvo apuntando hacia el suelo y golpeó la puerta tres veces con el puño libre.

—¡Policía de Valleverde! ¡Abra la puerta!

Solo el goteo constante del agua desde el alero de zinc respondió al llamado. Medina hizo una seña con la cabeza al agente de apoyo que sostenía el ariete de acero.

—Abra.

El impacto del metal contra la cerradura resonó en la montaña con un golpe seco y violento. La madera astillada cedió al segundo golpe y la puerta se abrió de par en par, golpeando la pared interior.

—¡Policía! ¡Al suelo! —gritó Ojeda, entrando en cuclillas, barriendo el salón con la mirada fija en las esquinas oscuras.

Los agentes de apoyo entraron detrás de él, dividiéndose hacia el pasillo y el dormitorio principal. El sonido de las maderas crujiendo bajo sus pisadas rápidas y los portazos de los armarios al abrirse llenaron la cabaña durante dos minutos agobiantes.

—¡Despejado! —gritó uno de los uniformados desde el fondo.

—¡Dormitorio despejado! —secundó el otro.

Medina bajó el arma despacio. La cabaña estaba vacía.

Ladera abajo, el chasquido del ariete reventando la madera de su puerta principal había alcanzado a Javier cuando apenas se adentraba en la espesura del bosque. No miró atrás.

Había diseñado la ruta de escape en su cabeza docenas de veces durante los meses de insomnio. Al salir por la parte trasera, se había asegurado de tirar de la manilla para dejar la puerta perfectamente cerrada, sin dejar pistas de su dirección. No corrió hacia el sendero principal ni buscó el descenso lógico de la montaña; en lugar de eso, se desvió en un ángulo oblicuo de sesenta grados hacia el barranco del norte.

Era una pendiente escarpada, un desfiladero cerrado por muros de piedra y zarzales tupidos que bloqueaban por completo la visual de cualquiera que estuviera parado en el porche o las inmediaciones de la cabaña.

El jersey de lana limpia se le enganchaba en las ramas espinosas de los arbustos, tirando de él hacia atrás, pero Javier seguía avanzando a zancadas torpes, hundiéndose hasta los tobillos en el manto de hojas podridas. El aire helado de la mañana le entraba en los pulmones como fragmentos de vidrio y la mochila de lona le golpeaba rítmicamente la espalda con cada salto.

En el interior de la cabaña, Medina caminó con paso rápido hacia la cocina.

Sobre la mesa de madera gastada, una taza de cerámica agrietada descansaba en mitad de la superficie. Medina se quitó el guante de látex con un movimiento rápido y apoyó la palma de la mano contra el costado de la taza.

Estaba caliente. El vaho apenas imperceptible aún flotaba sobre el líquido oscuro en el interior.

—Medina —lo llamó Ojeda desde la parte trasera de la cabaña.

Medina se reunió con él. Ojeda señalaba con la linterna hacia el suelo, junto al umbral de la puerta trasera, que estaba cerrada pero sin el cerrojo echado. Allí descansaba una bolsa de basura negra, atada de prisa con un nudo flojo.

Ojeda se arrodilló y, usando la punta de un bolígrafo, desató el plástico. Al abrirla, la luz de su linterna reveló un jersey y una chaqueta de lona empapados en barro arcilloso. Alrededor de los puños y en el pecho de la prenda, la tela presentaba costras y manchas pastosas de un rojo oscuro y seco.

—La ropa de anoche —murmuró Ojeda—. Acaba de salir. No nos lleva ni cinco minutos de ventaja.

Medina sacó la radio del cinturón y presionó el botón de transmisión con fuerza.

—Central, aquí Unidad 4. El sospechoso ha huido a pie de la cabaña hace escasos minutos. Desplieguen la unidad canina de inmediato y acordonen el cuadrante norte del bosque. Repito, saquen a los perros ya.

Al cortar la comunicación, Medina se volvió hacia el salón, pero se detuvo en seco al iluminar la pared principal que daba al comedor.

La superficie de madera estaba cubierta de recortes de periódicos viejos, mapas topográficos del Bosque de los Cedros marcados con rotulador rojo y anotaciones manuscritas en hojas sueltas que colgaban de chinchetas. Entre los titulares que hablaban de la desaparición de Lucía Robles y el reciente asesinato de Sara Pereira, se extendían líneas trazadas a lápiz que conectaban fechas, horas y puntos de la montaña.

Ojeda se acercó, con los ojos muy abiertos ante la maraña de papel.

—No toques nada, Ojeda —ordenó Medina, interponiéndose con el brazo—. Que nadie mueva un solo papel hasta que lleguen los peritos. Que lo fotografíen todo tal como está. Esto es más escalofriante de lo que pensaba.

Casi cuarenta minutos después, el sonido de las sirenas policiales y los primeros ladridos lejanos de los perros de rastreo ya poblaban el aire húmedo de la montaña. El cerco se estaba cerrando sobre el cuadrante.

Exhausto, con el pecho agitándose en espasmos dolorosos y la migraña martillándole las sienes con una fuerza cegadora, Javier alcanzó el límite del bosque de pinos. Al otro lado de una alambrada de espino caída, a las afueras de los límites de la reserva forestal, el terreno se abría en un prado descuidado donde la maleza crecía sin control.

Allí, medio oculta por la hiedra silvestre y los arbustos, se alzaba la silueta gris de un viejo establo abandonado. Las maderas de la fachada estaban carcomidas por los años de humedad y parte del techo de tejas se había derrumbado hacia el interior, dejando ver las vigas ennegrecidas.

Javier se arrastró bajo el alambre de espino, desgarrándose el jersey en el proceso, y cruzó el tramo abierto agachado, casi a gatas. Encontró una sección donde las tablas de la pared lateral se habían vencido hacia fuera. Se coló por la estrecha rendija, raspándose los hombros, y se deslizó hacia la penumbra del interior del establo.

El olor a madera podrida, polvo acumulado y estiércol seco lo recibió de golpe. Se dejó caer de espaldas sobre un montón de paja vieja que amortiguó su caída, abrazando la mochila de lona contra el pecho.

Se quedó allí inmóvil, tiritando de frío bajo la lana húmeda, con los ojos fijos en las rendijas del techo por donde se colaba la llovizna. Afuera, el ladrido de los perros de rastreo volvió a resonar, esta vez más nítido, flotando en el viento de la mañana.

CAPÍTULO 16

La penumbra del establo olía a estiércol seco, hiedra machacada y madera podrida. Javier permanecía sentado sobre la paja, con las rodillas pegadas al pecho y los brazos cruzados para retener el poco calor corporal que le quedaba. El jersey de lana goteaba de forma constante sobre el suelo. Fuera, la llovizna repiqueteaba contra las tejas rotas y el viento silbaba a través de las rendijas de las tablas.

Al fondo, sentada sobre un fardo de paja húmeda, ella se abrazaba a sí misma. Llevaba el pelo pegado a las mejillas por la humedad de la huida y el dobladillo de su vestido gris estaba cubierto de barro, pero no temblaba.

Javier cerró los ojos, apretando los dientes cuando un latido violento de la migraña le cruzó la sien izquierda, dejándole un rastro de luces blancas en la retina. La falta de sueño y las horas de caminata por la montaña le estaban cobrando factura; sentía los músculos como si fueran de plomo y el cerebro flotando en una masa espesa.

—¿Por qué lo sigues haciendo? ¿Por qué sigues cazando en este bosque? —preguntó ella.

Su voz sonó clara, pero Javier tardó un segundo completo en procesarla. Al abrir los ojos para mirarla, notó un desfase extraño: sus labios terminaban de moverse una milésima de segundo antes de que el sonido de sus palabras terminara de asentarse en sus oídos. Parpadeó con fuerza, atribuyendo el mareo al cansancio que le embotaba la cabeza.

—Lo hago por el dolor —respondió él, con la voz ronca por el frío y la garganta seca.

Se hizo un silencio espeso en la penumbra del establo. Ella se puso en pie y caminó despacio hacia él. El movimiento de sus pies fue completamente silencioso. Al levantarse, la paja seca sobre la que había estado sentada permaneció intacta, sin un solo tallo aplastado o desplazado bajo su peso. Javier lo miró de reojo, pero la bruma de su mente cansada fue incapaz de retener el detalle.

Ella se detuvo a su lado y estiró la mano, rozándole la mejilla húmeda con la punta de los dedos. Javier esperó sentir la calidez de su piel, pero en su lugar recibió un frío helado y repentino que, por un segundo, anestesió por completo el dolor punzante que le dividía el rostro.

—Lo hago porque me consume el dolor —continuó Javier, con la voz apenas en un murmullo.

Una sola lágrima comenzó a resbalar muy despacio por la mejilla de ella, brillando bajo la luz pálida antes de perderse en la comisura de sus labios. Ella lo contempló con una tristeza infinita, acariciándole el contorno del rostro con esos dedos que no pesaban.

—Pobre de mi Javier —susurró ella, agachándose a su altura—. ¿Y si mejor simplemente te vas y me dejas aquí? Puedes empezar una nueva vida sin mí.

Javier levantó la cabeza de golpe y la miró a los ojos. Por primera vez en toda la mañana, la rigidez de su rostro se quebró, dejando ver una desesperación profunda que luchaba por no salir a flote.

—No puedo —dijo él, y su voz tembló levemente antes de recuperar la firmeza—. Te necesito demasiado.

Un aullido agudo y nítido rasgó el aire húmedo de la mañana, cortando el silencio del establo. Los perros de rastreo ya no estaban en el fondo del valle; habían cruzado la alambrada de espino y estaban en el linde del prado, a menos de doscientos metros.

El trance se rompió al instante. El martillazo de la migraña regresó a las sienes de Javier con una fuerza brutal que le hizo jadear.

Se puso en pie de un salto, ignorando el dolor que le recorría la cadera por la caída anterior. Se ajustó las correas de la mochila de lona a los hombros y miró hacia la rendija de las tablas podridas por la que habían entrado. Fuera, los ladridos se volvieron más frecuentes y frenéticos, mezclados con el silbido del viento.

Se volvió hacia ella, que ya estaba de pie a su lado, esperando bajo la penumbra del techo derruido.

—Tenemos que seguir —dijo Javier, apretando los puños—. Ya casi están aquí.

CAPÍTULO 17

El olor a polvo quemado por los flashes de las cámaras fotográficas se mezclaba con el aroma a café frío en el salón de la cabaña. Dos técnicos forenses se movían con lentitud milimétrica, registrando el suelo y las superficies, mientras Medina y Ojeda permanecían de pie frente a la pared principal del comedor.

La maraña de papel clavada con chinchetas sobre la madera era abrumadora. Medina y Ojeda contemplaban el mural en silencio, repasando la cronología de los crímenes de Valleverde a través de los recortes de prensa y las anotaciones desordenadas de Javier.

Allí estaba Mónica Silva, la primera víctima, cuyo expediente y noticias del hallazgo iniciaban el macabro recorrido. Justo al lado, los titulares recientes sobre el asesinato de Sara Pereira, la joven encontrada recientemente en el bosque, que había vuelto a desatar el pánico en la región. Y un poco más allá, una fotografía impresa de Sofía Mendoza de sus años de estudiante, la última pieza del rompecabezas.

En medio de todo, destacaba una vieja reseña de prensa sobre la desaparición de Lucía Robles. El papel estaba desgastado, con los bordes deshilachados y marcas de haber sido doblado y desdoblado cientos de veces. Al contrario que un cartel de búsqueda activa, el recorte era simplemente la noticia fría de su rastro perdido hace meses.

Ojeda alargó la mano con cuidado y señaló un papel pequeño, arrugado y clavado casi de lado cerca de los mapas del polígono industrial.

—Mira esto —dijo Ojeda en un susurro.

La caligrafía era un garabato apresurado y frustrado, escrita con una presión que delataba el pulso tembloroso de Javier:

"*El hombre de la chaqueta de nailon se me escapó anoche. Estoy seguro de que era él*".

Los detectives se quedaron fijos en el papel. El desconcierto se hizo denso en el espacio de la cocina. Todas las víctimas del Monstruo de Valleverde —Mónica, Sara, Sofía, e incluso la desaparición de Lucía— eran mujeres jóvenes. El patrón de selección del agresor era de una consistencia indiscutible. ¿Por qué Javier perseguía y anotaba con tanta desesperación la huida de un hombre la noche anterior?

Ojeda miró a Medina, esperando una respuesta, pero el detective principal mantuvo el rostro severo y no se desvió hacia hipótesis vacías. Para Medina, las inconsistencias de la pared no cambiaban la realidad física que tenían entre manos: Javier Robles acababa de huir de esa cabaña dejando atrás una bolsa con su propia ropa empapada en fango y en la sangre fresca de Sofía Mendoza. Para la ley, Javier seguía siendo el sospechoso y el único monstruo que debían cazar.

Medina desvió la vista hacia el plano catastral de la zona industrial de Valleverde, colgado junto a los recortes. En él, un sector del polígono aparecía toscamente sombreado con lápiz azul, abarcando un cuadrante de naves y callejones de carga abandonados.

—Llama a la central —ordenó Medina, señalando el mapa—. Que avisen a las patrullas de los alrededores para que vigilen los accesos de ese sector del polígono industrial. El grueso de la búsqueda sigue con los perros en la montaña, pero no quiero dejar ese flanco descubierto por si el sospechoso intenta buscar refugio allí abajo.

Ojeda asintió y se retiró unos pasos para usar la radio. Medina se quedó solo frente al mural.

Fue entonces cuando sus ojos repararon en un detalle que desencajaba por completo de la suciedad, el desorden y la violencia que dominaban la cabaña. Sujeta con una sola chincheta en una esquina limpia del mapa, casi protegida del caótico collage de noticias, había una pequeña fotografía física, de papel fotográfico grueso y bordes ligeramente gastados.

Medina se colocó un guante de látex limpio y la retiró con delicadeza.

La imagen mostraba a Javier y a Lucía sentados en el porche de esa misma cabaña, bajo la luz dorada y suave de un atardecer de verano. Ella lo abrazaba por los hombros, riéndose con una felicidad limpia hacia la cámara, mientras él sonreía de lado, mostrando una expresión de paz absoluta y una mirada brillante que Medina era incapaz de asociar con el prófugo que perseguían.

Por un instante, el gélido ambiente de la cabaña, el olor a reactivos químicos y el eco de la sirena policial parecieron evaporarse, dejando paso a un fragmento de vida suspendido en el tiempo. Un rincón de calidez humana que se sentía extrañamente fuera de lugar en mitad de aquella pesadilla.

Medina le dio la vuelta a la fotografía con lentitud.

En el reverso, escrito con una caligrafía pausada, firme y cariñosa, se leía la dedicatoria que ella le había dejado escrita de su puño y letra:

"*Para mi Javier. El único lugar donde siempre quiero despertar es a tu lado. Te amo*".

CAPÍTULO 18

Los ladridos de los perros de rastreo se quedaron atrás, amortiguados por la densidad del fango y la maleza baja que marcaba el final de la línea forestal. Javier se deslizó entre los últimos matorrales de la ladera, con la respiración convertida en un silbido sordo y el cuerpo temblando bajo el jersey de lana empapado. Había dejado la montaña a su espalda. Frente a él, oculta tras una hilera de pinos descuidados, se abría una pequeña propiedad rural periférica, la última antes de que el sendero se transformara en la carretera secundaria que rodeaba la base de la montaña; un trayecto pavimentado que muchos conductores evitaban prefiriendo el camino de tierra directo, pero que ahora se convertía en su única salida limpia.

Oculto entre las sombras de los árboles, Javier fijó la mirada en la entrada de la casa. El motor de un coche viejo de color oscuro ya estaba en marcha, expulsando un vaho blanquecino por el tubo de escape hacia el aire frío de la tarde. Un hombre de complexión similar a la suya acababa de bajar del asiento del conductor, dejando la puerta abierta mientras se giraba para echar el cerrojo al portón metálico del garaje.

Javier no lo dudó. Abrió la cremallera de la mochila de lona con un movimiento rápido y metió la mano izquierda para empuñar la pistola que había mantenido escondida. El metal estaba frío, pero su tacto le devolvió una rigidez inmediata a sus dedos trémulos.

Se aproximó por el punto ciego del hombre, moviéndose sin hacer ruido sobre la gravilla húmeda del sendero. Antes de que el propietario pudiera terminar de girar la llave del portón, Javier le puso la boca del cañón a escasos centímetros de la nuca.

—No te muevas —dijo Javier. Su voz fue un susurro helado, exento de pánico, carente de cualquier rastro de duda.

El hombre se quedó congelado, con las manos suspendidas en el aire y la respiración cortada de golpe. Sintió el acero pegado a su

piel y el temblor violento del cuerpo que lo encañonaba por la espalda, pero el terror le impidió articular una sola palabra comprensible.

—La chaqueta —ordenó Javier, con una determinación cortante—. Quítatela. Despacio.

El hombre deslizó los brazos fuera de la pesada chaqueta impermeable con capucha, cuidando de no hacer ningún movimiento brusco. La soltó en el suelo, con los dientes castañeteando por el miedo crudo a recibir un disparo.

—Abre el garaje y entra —le indicó Javier, dando un paso atrás sin dejar de apuntarle—. Si sales antes de diez minutos, volveré.

Aterrorizado por la mirada muerta y desencajada de Javier, el hombre obedeció de inmediato, empujando la puerta metálica y encerrándose en la penumbra del cobertizo. Javier recogió la chaqueta del suelo, subió al coche, metió la mano en el contacto donde las llaves ya estaban puestas y cerró la puerta. Enganchó la primera marcha y aceleró, saliendo del recinto sin mirar atrás.

Mientras conducía por la carretera secundaria que bordeaba la ladera, la luz del día terminó de apagarse sobre Valleverde, sepultando el paisaje en una penumbra grisácea. Javier se despojó del jersey húmedo con un movimiento torpe y se puso la chaqueta robada. Se colocó la capucha, tirando de los cordones hasta que el tejido le ensombreció por completo las facciones del rostro.

Ella iba en el asiento del copiloto, mirando al frente, con las manos apoyadas en el regazo y el cabello cayéndole sobre los hombros. Javier mantuvo los ojos fijos en el asfalto.

—¿Estás seguro de que quieres ir allí? —preguntó ella. Su voz sonó plana, flotando sobre el ronroneo del motor—. ¿Estás preparado?

Javier apretó el volante con más fuerza.

—Es ahora o nunca —respondió él, con la voz ronca.

Al aproximarse al sector norte del polígono industrial, las primeras farolas de luz parpadeante comenzaron a encenderse. A lo lejos, el

destello intermitente de los rotativos azules recortó la silueta de dos patrullas locales. Los agentes no habían montado un control estricto ni revisaban los maleteros de los vehículos; simplemente rondaban el área, estacionados en un cruce estratégico con las luces de posición encendidas, atentos a cualquier movimiento sospechoso en los linderos del polígono. Su atención seguía centrada en la montaña; la última información de la central indicaba que el prófugo huía a pie a través del bosque, por lo que un conductor solitario en un coche común saliendo de la ruta pavimentada que rodeaba la ladera no encajaba en sus prioridades.

Javier redujo la velocidad de manera constante, manteniendo las manos firmes sobre el volante. Pasó a escasos metros de los vehículos policiales. Ninguno de los agentes se giró para mirarlo. El coche rebasó el cruce sin contratiempos y se internó en las arterias interiores de la zona industrial.

Avanzó tres calles más, apagando las luces del tablero, hasta que las naves activas quedaron atrás y el entorno se volvió completamente oscuro. Estacionó el vehículo en un callejón sin salida, entre un contenedor de escombros y la fachada desconchada de un almacén textil clausurado.

Apagó el motor. El silencio volvió a inundar el habitáculo, roto únicamente por el golpeteo sordo de la llovizna contra el techo de chapa. Ella giró la cabeza despacio para mirar a través de la ventanilla empañada, contemplando las sombras del exterior.

—¿Aquí es? —preguntó ella en un susurro.

—Sí —dijo Javier.

Cogió la mochila de lona del suelo, se aseguró de que la pistola estuviera accesible en el bolsillo lateral y bajó del coche, cerrando la puerta con un clic ahogado.

Javier caminó pegado a las paredes de ladrillo visto, ocultando su silueta bajo la capucha. El viento arrastraba trozos de plástico y papeles viejos por el suelo de asfalto agrietado. Evitó el paso por la

avenida principal y se desvió hacia un pasillo lateral, un corredor oscuro y estrecho rodeado de naves industriales vacías.

Se detuvo frente a la entrada trasera de la antigua fábrica embotelladora abandonada. Las grandes hojas de metal de la puerta de carga estaban oxidadas, vencidas sobre sus bisagras y dejando una abertura lo bastante ancha como para permitir el paso de un hombre.

Javier no miró a su alrededor. No dudó. Se deslizó por la rendija metálica y cruzó el umbral, adentrándose en la absoluta y gélida oscuridad del interior del edificio.

CAPÍTULO 19

La llovizna constante había convertido la ladera en un laberinto de barro y ramas caídas. Los agentes de la unidad canina, que rastreaban el área desde hacía horas, descendían por la espesura en dirección a la periferia de la montaña. Al salir a un claro que colindaba con la última propiedad rural de la zona, uno de los perros se detuvo, inquieto. En el camino de acceso a la casa, un hombre estaba de pie, mirando hacia la carretera pavimentada con desesperación.

Los agentes se acercaron con precaución, manos en el cinturón. El hombre, al verlos, levantó las manos.

—No disparen —dijo, con la voz temblorosa—. Llevo una hora intentando llamar a emergencias, pero la señal aquí es malísima.

—Tranquilo —respondió el agente al mando, bajando el volumen de su radio—. Somos la policía. ¿Qué ha pasado?

—Un hombre... se me ha acercado. Tenía una pistola. Me ha obligado a entregarle las llaves de mi coche y ha salido disparado por la carretera.

El agente se tensó.

—¿Puede describirlo?

—No le vi bien la cara, estaba oscuro. Pero era un hombre de complexión similar a la mía, algo alto, y llevaba una mochila colgada a la espalda.

El policía sacó un teléfono resistente de su funda y buscó la fotografía oficial de Javier Robles que habían distribuido en la red interna tras el altercado en el bosque. Se la mostró al hombre.

—¿Es él?

El testigo observó la imagen con atención, asintiendo varias veces.

—Sí, es él.

El agente no perdió un segundo. Accionó el micrófono de su radio y contactó con la central.

En el salón de la cabaña, Medina recibió la transmisión de la central directamente en su receptor portátil. Los peritos forenses ya estaban cerrando los maletines con las muestras del mural cuando el detective alzó la mano para exigir silencio.

—Atención a todas las unidades —habló Medina por la radio, con tono cortante—. El sospechoso va armado. Ha robado un vehículo a un kilómetro de la reserva forestal y se desplaza en un coche viejo. Patrullas cuatro y seis, mantengan la posición en los accesos norte del polígono industrial. No inicien persecuciones ni se adentren a ciegas en las naves abandonadas. Limítense a vigilar y reporten de inmediato si ven pasar ese coche o si localizan al sospechoso. Esperen a que lleguemos con el resto del equipo.

Al otro lado de la línea, la respuesta de los agentes apostados en el cruce del polígono fue breve y reglamentaria: acataban la orden de permanecer en el sitio y aumentarían la vigilancia sobre cualquier vehículo que se aproximara a la zona industrial.

Medina guardó la radio y miró a Ojeda.

—Nos movemos ya. Los de la unidad canina tardarán en regresar del establo hasta aquí, pero nosotros no podemos perder un segundo.

Salieron de la cabaña bajo la lluvia y subieron al todoterreno principal. Medina arrancó, conectando las luces de emergencia, y enfiló el camino de tierra que descendía por la ladera. Debían recorrer todo el trayecto que bajaba de la cabaña hacia la parte baja de la montaña, donde empezaba el camino pavimentado.

Sin embargo, apenas habían avanzado unos cientos de metros, los frenos del vehículo chirriaron con violencia y el todoterreno se detuvo en seco.

Ojeda se inclinó hacia el parabrisas, tratando de ver a través de la densa niebla. El camino estaba cerrado.

A mitad de la pendiente, bloqueando el estrecho paso por completo, un camión de carga forestal que intentaba subir había patinado en el

fango arcilloso. Las ruedas traseras habían perdido el agarre en el borde del desfiladero y el peso de la caja había hecho que el vehículo volcara de lado, quedando atravesado entre la pared de roca viva y la caída del barranco.

Medina bajó la ventanilla. El conductor del camión ya estaba fuera, intentando evaluar los daños bajo el agua, pero era evidente que despejar ese tonelaje de lodo y metal requeriría maquinaria pesada que tardaría horas en llegar. El paso estaba bloqueado.

—Esto es un desastre —murmuró Medina, golpeando el volante con frustración.

—El camino de tierra sigue más allá de la cabaña —advirtió Ojeda, consultando el plano digital en su teléfono—. Da una vuelta enorme rodeando la ladera contraria antes de conectar con el pavimento nuevamente, es una ruta secundaria, pero es la única salida que tenemos ahora mismo.

Medina metió la marcha atrás con firmeza. Los neumáticos del todoterreno patinaron brevemente mientras cambiaba de dirección en el angosto sendero para regresar sobre sus pasos y buscar la ruta alternativa. El imprevisto les iba a costar un tiempo crítico, un retraso absoluto en mitad de una persecución donde los minutos lo eran todo, mientras la noche terminaba de caer y el sospechoso seguía moviéndose libremente.

CAPÍTULO 20

El interior de la antigua fábrica embotelladora era una caverna de hormigón y chatarra corroída. Javier avanzaba en silencio, guiado por la gélida penumbra que se colaba entre las láminas rotas del techo. El aire olía a óxido, a humedad estancada y a un abandono que parecía congelado en el tiempo. Sus botas esquivaban con precisión los restos de cristales y los cables sueltos que alfombraban el suelo industrial.

El silencio absoluto de la planta comenzó a arrastrarlo hacia atrás.

Al pasar junto a una hilera de tanques de acero vacíos, la mente de Javier se desvió sin previo aviso hacia la luz dorada del porche de la cabaña. Recordó el calor de la piel de Lucía, la vibración de su risa contra su cuello y la textura de la foto con esa dedicatoria en el reverso que capturó ese instante por siempre. En su memoria, ella se inclinaba para darle un beso suave, pausado, un roce de labios que sabía a verano y a promesas tranquilas.

El eco de ese beso se desvaneció para dar paso a la madrugada en la que todo ocurrió, meses atrás, en la casa del Distrito Sur. Recordó la cocina a oscuras antes del amanecer y a Lucía ajustándose un abrigo ligero, lista para salir hacia la casa de su madre enferma. Llevaba el cabello recogido de lado con un pequeño gancho rosado en forma de lazo. Javier se había acercado a ella en mitad de la penumbra, colocándole las manos en la cintura para atraerla hacia sí.

—Me encanta cómo se te ve el pelo con ese gancho —le había susurrado antes de unir sus labios en un beso de despedida que aún quemaba en su memoria. Un beso que se sintió como un ancla antes de la tormenta.

El olor a humo de leña y a grasa caliente cortó el recuerdo de golpe. Javier paró en seco, entornando los ojos.

Un débil resplandor anaranjado temblaba al fondo de la nave principal, detrás de una línea de maquinaria de embotellado en

desuso. Javier se deslizó pegado a las estructuras de metal, conteniendo la respiración. A unos de diez metros, un fuego improvisado sobre un bidón cortado iluminaba la silueta de un hombre. Estaba de espaldas a las sombras, removiendo el contenido de una cacerola abollada con una cuchara de metal. Llevaba la misma chaqueta que Javier recordaba haber visto hace algunas noches.

Javier metió la mano izquierda en el bolsillo de la chaqueta impermeable, empuñó la pistola y la extrajo con un movimiento fluido. Avanzó dos pasos, apuntando directamente a la espalda del hombre.

Sin embargo, en la oscuridad del suelo, la suela de su bota presionó una barra de metal suelta. El chasquido del hierro contra el hormigón reverberó con una fuerza espantosa en el espacio vacío.

El hombre de la chaqueta de nailon reaccionó con la velocidad de un resorte tenso. No hubo parálisis, ni súplicas, ni sumisión. Se giró a una velocidad inverosímil y, al ver la silueta armada, se abalanzó contra Javier con un rugido ahogado.

El impacto fue brutal. El peso del hombre derribó a Javier contra el suelo de cemento. La pistola salió despedida de su mano izquierda, golpeando contra la base de una máquina y perdiéndose en la oscuridad del callejón técnico.

Se desató una pelea feroz, sucia y desesperada entre los escombros. El hombre de la chaqueta de nailon demostró una fuerza descomunal y una violencia experta en el cuerpo a cuerpo. Logró posicionarse encima de Javier, ganando la ventaja. Javier intentó cubrirse el rostro, pero el agresor lanzó un golpe directo y demoledor con el puño izquierdo que le partió el pómulo, seguido de inmediato por un agarre implacable de su mano izquierda sobre el cuello de Javier, aplastándole la tráquea con una precisión letal. Bajo la luz parpadeante del fuego, el rostro del hombre reflejaba una ferocidad salvaje, la furia de un animal defendiendo su territorio contra un invasor armado.

El aire comenzó a faltarle a Javier. Impulsado por el dolor puro y la descarga final de adrenalina de un cuerpo que ya no tenía nada que perder, Javier logró liberar un brazo y estrelló el puño contra la nariz del hombre. El agresor se tambaleó por el impacto, perdiendo el equilibrio. Javier aprovechó el milisegundo para girar las caderas, golpear al hombre en la boca del estómago con la rodilla y quitárselo de encima.

Ambos rodaron por el suelo cubierto de hollín y fango. Javier se incorporó primero de rodillas, localizó el brillo metálico de la pistola a medio metro y la recogió con la mano izquierda, encañonando al hombre antes de que este pudiera ponerse en pie.

El hombre de la chaqueta de nailon se quedó quieto en el suelo, jadeando, con la sangre corriéndole por la nariz, pero manteniendo los ojos fijos en el cañón con un odio frío.

Antes de que pudiera articular palabra o intentar un nuevo ataque, Javier dio un paso al frente y descargó la culata de la pistola con fuerza implacable contra la sien del hombre. El cuerpo se desplomó de lado sobre el hormigón, quedando completamente inconsciente.

El silencio regresó a la nave, alterado solo por el crujido de las brasas en el bidón. Javier permaneció de pie unos segundos, con el rostro ensangrentado y el pecho agitándose con violencia.

Se quitó la mochila de lona de la espalda con un movimiento lento y la dejó caer en el suelo junto al cuerpo inmóvil. Deslizó la cremallera principal. Metió la mano izquierda en el fondo de la bolsa y extrajo la cuerda que llevaba guardada.

Sin emitir un solo sonido, con la mirada completamente endurecida por la penumbra, Javier se agachó y se aproximó lentamente al hombre desmayado, sosteniendo la cuerda entre las manos.

CAPÍTULO 21

El documento de identidad estaba arrugado, con los bordes desgastados por el roce constante del bolsillo. Bajo la pálida luz que se filtraba por las grietas del techo, Javier leyó el nombre impreso junto a la fotografía borrosa: Luis Fernando Galeano.

Dejó la billetera sobre una caja metálica y continuó registrando la mochila vieja que pertenecía al hombre, con guantes de látex en las manos. Sus dedos tropezaron primero con un cuchillo de hoja ancha y mango encordado, cuya superficie aún conservaba manchas oscuras y secas. Justo debajo, envuelta en un trozo de lona, sacó una cuerda. Las certezas cayeron con el peso de una lápida.

Un gemido ahogado quebró el silencio de la nave.

Galeano comenzó a moverse en el suelo. Intentó enderezar el torso, pero el cabo de la cuerda que Javier traía en su propia mochila lo mantenía firmemente anclado, con los brazos inmovilizados contra el grosor de un pilar de hierro fundido. Parpadeó varias veces, desorientado, hasta que la luz del bidón le permitió enfocar la silueta de Javier, que permanecía de pie a dos metros de distancia, sosteniendo la pistola con la mano izquierda.

—¿Quién eres tú? —consiguió articular Galeano, escupiendo un hilo de sangre que le corría desde la nariz.

Javier no se movió. La boca del cañón apuntaba con fijeza al pecho del hombre.

—Sé lo que hiciste —dijo Javier. Su voz carecía de inflexiones, era un tono plano—. Hace un año, una mujer se bajó de un autobús en mitad de la madrugada, cerca del bosque de los Cedros. Esa mujer era mi esposa. Tú estabas allí. La seguiste.

Galeano entornó los ojos, midiendo la distancia, buscando una debilidad en la postura de su captor.

—Esa noche salí a buscarla por la carretera en cuanto vi que no llegaba a casa, pero no encontré nada. Durante seis meses me

convencí de que simplemente se había marchado, de que me había dejado. Hasta que Mónica Silva apareció muerta por la misma zona. Cuando leí la noticia, todo cobró sentido. Dejé mi trabajo, me mudé a la cabaña de la montaña y empecé a recorrer cada metro de ese bosque. Dos meses después, encontré una zona apartada donde la tierra mostraba una textura diferente. Escarbé con mis manos. Encontré sus restos, su ropa y el gancho rosado en forma de lazo que llevaba en el pelo la noche que desapareció.

La mención del gancho hizo que una sutil sonrisa asomara en la comisura de los labios de Galeano.

—Volví a cubrirla para dejarla descansar —continuó Javier, apretando los dedos en torno a la culata—. Y me dediqué a cazar al responsable. La noche que atacaste a Sara, yo estaba vigilando en mi coche, pero el cansancio me venció y me quedé dormido justo cuando el autobús llegó a la estación; no supe lo que habías hecho hasta el día siguiente. Poco después te vi merodeando cerca de la orilla del bosque, supe que eras tú y te perseguí, pero te me escapaste en la oscuridad. Y la noche que mataste a Sofía Mendoza... yo también estaba allí. Escuché su grito desde el coche. Corrí con todas mis fuerzas hacia ella, pero ya era tarde. Habías huido. Sofía murió en mis brazos mientras intentaba contener la sangre de las puñaladas.

Galeano inclinó la cabeza hacia atrás, apoyándola en el pilar de hierro. La luz de las brasas agonizantes tallaba las líneas duras de su rostro, desprovisto de cualquier atisbo de miedo o remordimiento.

—Recuerdo bien a la zorra de tu esposa —soltó Galeano, clavando una mirada sádica en Javier—. Recuerdo cuando la llevé hacia el bosque. Se le veía tan bien ese vestido en su cuerpo bien formado... Todavía puedo recordar el olor de su pelo mientras la asfixiaba, con ese gancho sosteniéndolo.

La frase impactó en el pecho de Javier como un golpe físico. Una rabia negra y abrasadora le nubló la vista. El dedo índice de su mano izquierda presionó el gatillo, sintiendo el recorrido del metal. El impulso de destrozarle el cráneo allí mismo casi le hace perder el

control. Al ver la expectación enferma en los ojos de Galeano, Javier bajó el arma. Dio media vuelta abruptamente y caminó a grandes zancadas hacia un despacho contiguo en ruinas, necesitando apartarse del hombre antes de ejecutarlo.

Entró en el cuarto oscuro, donde la luz de la luna caía en vertical a través del techo colapsado. Se apoyó contra la pared de ladrillo visto, intentando controlar las bocanadas de aire que le quemaban los pulmones.

Ella estaba allí, de pie junto a una mesa de madera rota, observándolo en silencio.

Javier la miró con el pecho agitado. Manteniéndose a la distancia, sintió cómo la rigidez de su cuerpo comenzaba a ceder ante la pura desesperación.

—Ya casi termina —dijo Javier con la voz ahogada—. Todo este tiempo... valió la pena. Al fin voy a acabar con él. Pero quiero hacerlo sufrir; quiero que pague por lo que hizo.

Ella dio un paso al frente, mirándolo con una serenidad limpia.

—¿Y eso es lo que realmente quieres? ¿Eso te hará sentir mejor?

—Lo que quisiera es que te quedaras conmigo esta vez —admitió él, y las lágrimas comenzaron a desbordar sus ojos por primera vez, resbalando por sus mejillas manchadas de hollín—. Es todo lo que deseo. Pero sé que no es posible. Desearía que estuvieras aquí, pero debo volver todos los días a casa y no estás allí. El vacío que dejaste en mí me está asfixiando. Te extraño tanto, Lucía. Te extraño cada día de mi vida. El único propósito que tiene mi existencia ahora es acabar con ese monstruo.

Al pronunciar su nombre, la figura de Lucía lo miró con una ternura infinita, extendiendo una mano hacia él sin llegar a tocarlo.

—Mi Javier, pobre de ti. No imagino el peso tan terrible que has cargado tú solo en esa montaña. Pero tu vida no puede terminar en este suelo lleno de óxido. Tú no eres como él. No permitas que el odio borre a la persona que yo amé. Acabar con él no cambiará nada.

Javier cerró los ojos, sollozando en silencio en la penumbra del cuarto. El peso acumulado de la culpa, el cansancio del rastreo y el dolor de la pérdida parecieron desprenderse de sus hombros, reemplazados por la devastadora aceptación de que el viaje había terminado.

—Déjalo aquí —pidió ella en un último susurro—. Ya has hecho suficiente. Déjame ir y sigue con tu vida.

—Ya no tengo vida, Lucía… No me queda nada.

—Siempre te amaré, Javier… pero debes continuar.

—Quisiera poder decirte cuánto te amo. Cuánto te extraño.

—Siempre estaré en tu mente y en tu corazón, pero para eso debes seguir.

Cuando Javier abrió los ojos, la habitación estaba vacía. Solo quedaba el murmullo de la llovizna exterior y el eco de su propia respiración.

Con el rostro limpio y la mirada endurecida por una resolución pacífica, Javier regresó a la nave principal. Galeano lo vio aparecer y tensó los músculos, esperando el impacto del acero, pero Javier ni siquiera se dignó a mirarlo a los ojos.

Caminó hacia la caja metálica. Dejó el documento de identidad de Galeano, el cuchillo y la cuerda alineados de forma visible, listos para que la policía los encontrara al entrar. Guardó su propia pistola en el bolsillo de la chaqueta impermeable y se colgó la mochila al hombro.

Sin decir una sola palabra, Javier dio la vuelta y avanzó con paso firme hacia la salida trasera de la fábrica. Cruzó el umbral metálico y se internó en la oscuridad de la noche, desapareciendo bajo la llovizna constante que borraba sus huellas en el asfalto del polígono.

CAPÍTULO 22

Los neumáticos de las patrullas chirriaron sobre el asfalto agrietado del polígono industrial antes de apagar los motores. La llovizna seguía cayendo con una insistencia monótona, empañando los parabrisas. Ojeda fue el primero en señalar con el brazo hacia un callejón sin salida: encajado entre un contenedor de escombros y la fachada desconchada de un almacén textil clausurado, se encontraba el coche robado.

Medina bajó del vehículo con el rostro tenso y el arma reglamentaria en la mano. La presencia del coche confirmaba que Javier se había dirigido a esa zona, pero el polígono estaba a oscuras y rodeado de naves industriales vacías. A unos cincuenta metros se erguía la silueta maciza de la embotelladora abandonada. Era el lugar más lógico para ocultarse, pero no podían tener una certeza absoluta. Medina hizo una señal con la mano, coordinando al equipo en silencio para avanzar a pie, cubriendo los ángulos muertos, listos para efectuar un arresto si el sospechoso se encontraba en el interior.

—¡Policía! ¡Que nadie se mueva! —anunció Ojeda al empujar la puerta peatonal, que cedió con un crujido metálico.

Los efectivos irrumpieron en la nave principal con las linternas en guardia. El haz de las luces barrió la maquinaria oxidada y las columnas de hormigón. El silencio de la planta era total, alterado únicamente por el goteo del agua sobre el techo dañado. No había disparos ni señales de emboscada.

Al avanzar hacia el centro de la nave, entre la penumbra de dos enormes tanques de acero, las linternas enfocaron una escena anómala. Un hombre permanecía atado con firmeza a un pilar de hierro fundido. Tenía la nariz rota y rastros de sangre en la boca, pero estaba completamente consciente. Sus ojos reflejaron un destello de rabia fría al quedar cegado por los focos.

—Aseguren el perímetro —ordenó Medina, aproximándose con cautela, sin bajar el arma—. Ojeda, revisa las oficinas.

Los uniformados peinaron los callejones técnicos mientras Medina se detenía frente a una caja metálica situada junto al pilar. Sobre la superficie, dispuestos con una pulcritud metódica, reposaban varios objetos. Ojeda regresó a los pocos minutos, negando con la cabeza; Javier se había marchado.

Utilizando unas pinzas para no contaminar la superficie, Ojeda examinó lo que estaba sobre la caja y levantó un documento.

—Luis Fernando Galeano —leyó Ojeda, contrastando la fotografía con el hombre atado al pilar—. Inspector, mire lo que hay al lado.

Junto a la billetera se encontraba un cuchillo con manchas biológicas secas y una cuerda enrollada. Medina observó el conjunto con suspicacia profesional. Para los detectives, la presencia de este hombre herido y las supuestas armas del delito generaban una contradicción profunda.

—Inspector, hay un papel debajo de la cuerda —dijo Ojeda, levantando un trozo de lona.

Era un plano topográfico doblado del bosque de los Cedros. Al abrirlo bajo la linterna, Medina localizó una cruz marcada con bolígrafo en el cuadrante norte. Al lado, escrito con una caligrafía zurda, firme y angulosa, figuraba un nombre: *Lucía Ortega*.

El nombre de la esposa de Javier golpeó el silencio de la investigación. El caso de la desaparición, cerrado meses atrás bajo la sospecha de una fuga, volvía a abrirse con una coordenada física real. El mapa no exculpaba a Javier; al contrario, demostraba que sabía exactamente qué había en ese punto del bosque, una información que la policía ignoraba. Pero el hallazgo cambiaba el eje de todo: ahora tenían un lugar donde buscar.

Medina le dio la vuelta al papel. En el reverso, escrito con el mismo trazo zurdo, había un mensaje directo:

"*Galeano es el hombre que buscan, él es el Monstruo de Valleverde*".

Medina contempló el mensaje en silencio, asimilando la hipótesis del prófugo. Miró a Galeano, quien seguía atado al pilar, manteniendo un silencio hosco y desafiante, sin pronunciar una sola palabra de queja o confesión.

—Corten las cuerdas —ordenó Medina—. Deténganlo preventivamente. Nos lo llevamos a la central para interrogarlo y abrir la investigación correspondiente. Quiero que criminalística procese cada centímetro de esta caja y de ese cuchillo.

Ojeda asintió, procediendo a esposar a Galeano mientras dos uniformados lo ponían en pie para escoltarlo hacia las patrullas.

Medina se quedó solo un instante en la nave vacía, escuchando el murmullo de la lluvia exterior. Guardó el mapa de Javier en una bolsa plástica de evidencias. Científicamente, el caso apenas comenzaba en los laboratorios y en el punto del bosque marcado en el mapa; penalmente, Javier seguía siendo un fugitivo armado que acababa de desvanecerse en la noche, dejando tras de sí un laberinto forense que la policía ahora estaba obligada a resolver.

EPÍLOGO

Las portadas de los periódicos de Valleverde dejaron de abrir con el rostro de Javier para dar paso a las imágenes de un juicio histórico. Semanas antes de que iniciaran las sesiones, siguiendo las coordenadas del plano topográfico que se había dejado sobre la caja metálica, un equipo forense se adentró en el cuadrante norte del bosque de los Cedros. Allí exhumaron los restos de Lucía Ortega. Tras la necropsia que confirmó la causa de su muerte, recibió una sepultura oficial en el cementerio municipal.

Ese hallazgo fue la pieza final. Los análisis de laboratorio resultaron contundentes: las muestras biológicas en el cuchillo de monte vinculaban directamente el arma con Luis Fernando Galeano, y las pruebas forenses de las cuerdas y la identificación dactilar en los indicios no dejaron margen de duda. Acorralado por el rigor del proceso técnico, Galeano terminó por confesar cada uno de los crímenes. La sentencia fue firme y unánime: cadena perpetua en un módulo de máxima seguridad por los secuestros, violaciones y asesinatos de Mónica Silva, Sara López, Sofía Mendoza y Lucía Ortega.

En el despacho de la comisaría central, el silencio de la tarde solo era interrumpido por el chirrido de los cajones metálicos. Ojeda deslizó una pesada carpeta de cartón grueso que contenía cientos de folios, actas y fotografías de archivo. Con un movimiento seco, empujó el archivador hacia el fondo del mueble.

—Todo archivado, inspector —dijo Ojeda, sacudiéndose el polvo de las manos—. El caso del Monstruo de Valleverde está oficialmente cerrado.

Medina no respondió de inmediato. Permanecía de pie junto al ventanal, con una taza de café templado entre las manos, observando cómo la llovizna de la tarde comenzaba a empañar los cristales y a oscurecer las calles.

—¿Y el expediente de Javier? —preguntó Medina sin volverse.

—Se retiraron los cargos por sospecha de homicidio tras los resultados del laboratorio y la confesión de Galeano —respondió el detective, apoyándose en el borde del escritorio—. Ya no figura en la lista de personas buscadas ni sospechosas. El coche que robó ya fue devuelto a su dueño. Sin embargo, su paradero actual es completamente desconocido. No ha registrado actividad en sus cuentas bancarias, su apartamento sigue vacío y nadie ha recibido una sola llamada suya. Es como si se hubiera desvanecido esa noche en la fábrica.

Medina dio un sorbo corto al café, contemplando el reflejo de la lluvia en el vidrio. Sabía que Javier había montado una escena perfecta para que la policía hiciera su trabajo, entregando las respuestas que ellos no habían podido conseguir a tiempo, para luego marcharse sin reclamar nada.

—Quizá era lo que necesitaba —comentó Medina en voz baja—. Encontrar al asesino.

—¿Cree que siga en la ciudad, inspector? —preguntó Ojeda, ordenando los últimos papeles sueltos sobre la mesa.

Medina se giró lentamente, contemplando el despacho y el archivador donde el nombre de Javier quedaba guardado en los registros del pasado.

—No lo sé, Ojeda —concluyó Medina, caminando hacia su gabardina —. Solo espero que después de todo lo que pasó, haya encontrado paz.

El inspector apagó la luz del despacho. La penumbra inundó la habitación, dejando únicamente el murmullo constante del agua golpeando contra el exterior del edificio, mientras el destino de Javier quedaba suspendido para siempre en un silencio absoluto.

Otto Milla escribe historias centradas en los conflictos humanos, explorando temas como la identidad, el arrepentimiento, el amor, la culpa y las decisiones que moldean nuestras vidas.

A través de personajes emocionalmente complejos y narrativas introspectivas, busca crear historias que entretengan, conmuevan y permanezcan en la mente del lector mucho después de la última página.

En la Oscuridad de Valleverde combina tensión psicológica y emoción humana en una historia de suspenso e investigación policial.

Gracias por leer *En la Oscuridad de Valleverde*.

Si esta historia logró acompañarte, emocionarte o hacerte reflexionar, considera dejar una reseña en Amazon. Tu opinión ayuda muchísimo a que nuevos lectores descubran la novela.

Y si disfrutaste este libro, puedes encontrar más historias de Otto Milla explorando distintos géneros, siempre con personajes marcados por decisiones, emociones y conflictos profundamente humanos.